Legajo 6
Letra V

11933

TEATRO.

COLECCION DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

VIOLETAS Y GIRASOLES,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON RICARDO PUENTE Y BRAÑAS.

MADRID:
IMP. DE JOSE RODRIGUEZ, CALVARIO 18.
1872

ADICION AL CATÁLOGO DE 1.° DE JULIO DE 1871.

EL TEATRO.

TÍTULOS.	Actos.	Prop. que corresponde
A tal amo tal criado.....	1	Todo.
Al que se hace de miel.....	1	Id.
D. Ramon de la Cruz.....	1	Id.
El amor y la astucia.....	1	Id.
El barómetro.....	1	Id.
Entre el nieto y el abuelo...	1	Id.
La firmeza de un gallego ó las últimas elecciones.....	1	Id.
La peluca.....	1	Id.
La verdadera nobleza.....	1	Id.
La astucia de un andaluz...	1	Id.
Nubes.....	1	Id.
Pobres y ricos.....	1	Id.
Receta para casarse.....	1	Id.
Un hombre comprometido...	1	Id.
Un momento de locura.....	1	Id
Una perra y un gato.....	1	Id
Amor, honor y poder.....	3	Id.
El testamento de Acuña....	3	Id.
La astucia de un asistente..	3	Id.
La mosca blanca.....	3	Id.
Los secuestradores de Andalucía.....	3	Id.
Los dulces de la boda.....	3	Id.
Los niños grandes.....	3	Id.
Odio y amor.....	3	Id.
C de L. (Zarzuela.).....	1	L. y M.
Cuatro demonios y un cabo..	1	Id.
Chamusquina ó la Hija del petróleo.....	1	Libro.
¡¡¡Palomo!!!.....	1	L. y M.
Tamberlik, Mario y Latorre..	1	Id. Id.
Un sevillano en la Habana..	1	Id. Id.
=Tocar el violon.....	1	Libro.
El marino.....	2	L. y M.
=¡El Teatro en 1876!!.....	2	Libro.
Los dragones.....	2	L. y M.
Justos por pecadores.....	3	L. y M.
Un lio entre dos castaños...		Todo.

TÍTULOS.	Actos.	Prop corre
La feria de las mujeres.....	3	To
La escala de la ambicion....	3	Id.
El Caballero de Gracia.....	3	Id.
=Perla. (Zarzuela.).....	1	Lib
La peluca de mi mujer.....	1	To
La fuerza de la conciencia ..	3	Id.
Un empréstito forzoso.....	1	Id.
Agustina la cantinera.....	1	Id.
La Vírgen del Amparo.....	2	Id
Tres al saco.....	1	Id.
Los pastores de Belen. (Ópera.)	3	L.
Amor y caridad.....	1	To
Amor paternal.....	3	Id.
La tarde de Noche-buena....	3	Id.
La caja de Pandora.....	3	Id.
Los zapatos de baile.....	1	Id.
Intriga y amor.....	4	Id.
El miedo guarda la viña....	3	Id.
El justo medio.....		Id.
La Rubia.....	1	Id.
Obrar bien, que Dios es Dios.	2	Id.
Batalla de Ninfas.....	4	Id.
El prisionero cristiano,.....	1	Id.
Un bello ideal.....	1	Id.
Llegó la hora!!.....	1	Id.
El nacimiento del Mesías....	4	Id.
El primer dia feliz.....	3	Mú
Alma por alma.....	1	To
Patria.....	1	Id.
Nicolás Rienzi.....	3	Id.
El novio de su mujer.....	3	d.
La mujer compuesta.....	3	Id.
El Redentor del mundo.....	3	Mú
La venida del Mesías.....	1	Lib
Un Milord de Ciempozuelos..	1	Id.
La leyenda del diablo.....	4	Id.
La suegra.....	1	Id.
Violetas y girasoles.....	3	Id.

Han vuelto á estas galerías las obras del Sr. Boldun, que durante un c tiempo ha administrado *El Proscenio*, y por lo tanto nuestros comisiona se encargarán nuevamente del cobro de sus derechos.

VIOLETAS Y GIRASOLES.

LIBRERIA DE CUESTA
CARRETAS

OBRAS DEL MISMO AUTOR

ESTRENADAS EN LOS TEATROS DE MADRID.

COMEDIAS.

El hongo y el miriñaque....	Original, en un acto.
Santo y peana.....	Original, en un acto.
La peor cuña.....	Original, en tres actos.
Un colmillo de elefante....	Original, en un acto.
El rescate de la Covadonga.	Original, en un acto.
El literato por fuerza.....	Original, en un acto.
De la mano á la boca.....	Original, en tres actos.
Tiempo vario.....	Original, en un acto.
Violetas y girasoles.....	Original, en tres actos.

ZARZUELAS.

La mina de oro.....	Original, en tres actos, música de Reparaz.
Entre Pinto y Valdemoro....	Original, en un acto, música de Gaztambide.
Trocar los frenos.....	Original, en un acto, música de Barbieri.
Los lirios del olvido.....	Original, en un acto, música de Moderati.
La sombra de Nino.....	Arreglo, en un acto, música de Reparaz.
El pavo de Navidad.....	Original, en un acto, música de Barbieri.
Sol y Sombra.....	Parodia en dos cuadros, más. de Arrieta.
Pascual Bailon.....	Original, en un acto, más. de Cereceda.
El general Bun-Bun.....	Original, en un acto, más. de Offembach.
Secretos de estado.....	Arreglo, en un acto, música de Ofembach.
Dos truchas en seco.....	Original, en un acto, música de Rogel.
El castillo de Totó.....	Arreglo, en tres actos, música de Offembach.
El rey Midas.....	Original, en tres actos, música de Rogel.
La bella Elena.....	Arreglo en tres actos, música de Offembach.
Pepe Hillo.....	Zarzuela en cuatro actos y seis cuadros, original y en verso, música de Cereceda.
El matrimonio.....	Pasillo filosófico, original, en un acto y en verso, música de Rogel.
Canto de angeles.....	Zarzuela en un acto y en verso, música de Rogel.
Haydée.....	Zarzuela en tres actos y en verso, música de Auber.
Los dragones	Zarzuela en dos actos y en verso, música de Maillard.
Tocar el violon.....	Zarzuela en un acto y en verso.

VIOLETAS Y GIRASOLES.

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. RICARDO PUENTE Y BRAÑAS.

Estrenada con extraordinario éxito en el Teatro Español la noche del 6 de Abril de 1872.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1872.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA MARIANA.....	Sra. Valverde.
MARÍA.....	Srta. Boldun.
ALBERTO.....	Sr. Calvo.
DON FABIAN.....	Sr. Mario.
RAIMUNDO	Sr. Morales.
BERNARDO.....	Sr. Alisedo.
DON LUCIANO.....	Sr. Pizarroso.

La accion en Madrid.—Época actual.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de las Galerías Dramáticas y Liricas de los Sres. GULLON é HIDALGO, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A UN ÁNGEL QUE VIENE.

Te espero en el dintel de la vida con esta sencilla ofrenda de VIOLETAS Y GIRASOLES. ¡Ojalá que nunca halles más que flores en tu camino!

El Autor.

674171

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de D. Fabian, amueblada con riqueza pero no con refinado gusto. Puerta al foro que da al exterior; otra á la derecha, que conduce á las habitaciones de Raimundo, y dos á la izquierda, que dan paso la primera al cuarto de María y la segunda á la de D. Fabian. —En primer término de la derecha una mesita de escritorio. En el de la izquierda chimenea con fuego.

ESCENA PRIMERA.

BERNARDO.

Esto de cambiar de vida,
por sabroso que parezca,
es bueno para los mozos
que ver el mundo desean.
Más me gustaba á fe mia
ir del campo á las faenas
y marcharme los domingos
al monte con mi escopeta,
que estar en esa antesala
dormitando horas enteras.

ESCENA II.

BERNARDO y RAIMUNDO, que sale por la derecha en traje de casa.

RAIM. Ah, Bernardo!
BERN. (El señorito!)

RAIM. ¿Qué haces aquí?
BERN. (Me tutea!
Su señor tio en la vida
me trató con tal llaneza!)
RAIM. No has oido mi pregunta?
BERN. Bien sencilla es la respuesta.
RAIM. Tu sitio es en la antesala.
BERN. Sí señor; tras de la puerta,
que es el lugar más humilde
á no estar en la escalera.
Pero ya se ve! Los pobres
que venimos de la aldea
recogidos... de limosna
como yo y su prima, mientras
se nos mate el hambre, claro!
no debemos tener queja.
¿Digo bien, don Raimundito?
RAIM. Diablo! Y á mí qué me cuentas?
BERN. Es verdad! Usted no tiene
la culpa, no; pero cuesta
tanta angustia acostumbrarse
á vivir de esta manera
despues de cuarenta años
de otras costumbres!
RAIM. Cuarenta?
BERN. Cabales. Todo ese tiempo
serví dichoso en mi tierra
á su tio don Antonio,
que Dios haya. ¡Diferencia
habia entre aquel señor,
no lo tome usted á ofensa,
y su hermano don Fabian,
su padre de usted!
RAIM. De veras?
BERN. Don Antonio era tan franco!
tan generoso!
RAIM. Ya en esa
cualidad no eran iguales.
Papá desciende por fuerza
de algun fiero *puño en rostro*!
(Así tengo tantas deudas!)
BERN. Pues lo cierto es, don Raimundo,

que en su compaña yo era
más que un criado, el amigo
á quien nada se reserva!
Yo ví morir á su esposa;
yo he visto crecer risueña
á doña María, que hoy
entre ustedes vive huérfana;
y si lloro á don Antonio
y me consume la pena,
créame usted, don Raimundo,
no es por mí sino por ella!

RAIM. ¿Pues qué mal lo pasa? Ó quieres
que en un fanal se la tenga?
Harto hacemos con vestirla
de balde.

BERN. De balde!

RAIM. Apenas!
¿No dicen que no dejó
su padre ni una peseta?

BERN. Dicen, sí señor. Lo dicen!
(Si no hay justicia en la tierra.)

RAIM. En fin, déjame de historias
que á mí nada me interesan.

BERN. Ya lo supongo.

RAIM. Buscándote
recorrí la casa entera,
y si en tu puesto te hallaras
no tendria tal molestia.
¿Por qué has dicho hace una hora
á ese tio de chaqueta
que estaba yo en casa?

BERN. Vaya!
Porque estaba usted!

RAIM. Torpeza!
¿No sabes que era un inglés?

BERN. Un inglés?... Pues ni una letra
perdí de cuanto decia;
pero en fin, aunque lo fuera,
no sabia que usté estaba
reñido con Inglaterra.

RAIM. No es eso.

BERN. Será otra cosa.

RAIM. Inglés, para que lo entiendas,
quiere decir acreedor.
BERN. Calle, y usted tiene deudas?
RAIM. Ya lo creo.
BERN. ¿Siendo el hijo
de una familia como esta?
Déjeme usted que me asombre!
RAIM. Á la fuerza he de tenerlas!
Papá, chapado á la antigua,
yo montado á la moderna,
es imposible entendernos
en cuestiones de moneda:
y si mi tia Mariana
tan dadivosa no fuera,
bonito papel haria
con mis novias pedigüeñas!
BERN. Señor!
RAIM. Desde hoy ya lo sabes.
Aunque esté en casa, me niegas
á todos los acreedores.
BERN. Haré lo que usted me ordena
cuando los conozca á todos.
RAIM. Á todos? Larga la llevas!
No los conozco yo mismo.
BERN. Tantos son?
RAIM. Una friolera!
Si en batalla los formase
apoyando la cabeza
en la Fuente Castellana,
llegaban en línea recta...
BERN. Hasta el Prado!
RAIM. Hasta Toledo!
Y me quedo corto.
BERN. Aprieta!
Dígole á usted que el desfile...
no lo resisten mis piernas.
RAIM. No pienso formarlos nunca.
FAB. (Dentro.) Bernardo!
BERN. Padre se acerca.

ESCENA III.

DICHOS y D. FABIAN, de bata y gorro muy usados. Viene por la segunda puerta de la izquierda fumando un puro. Bernardo arregla la sala.

RAIM. Buenos dias, papaíto.
FAB. Buenos los tengas, muchacho!
Vamos, por fin hoy te encuentro
haciendo lo que te mando. (Á Bernardo.)
BERN. Yo... como todos los dias!
FAB. No me repliques, Bernardo.
Hay en esta chimenea
demasiado fuego.
BERN. He echado
sólo dos leños.
FAB. Dos leños?
BERN. Sí tal.
FAB. No lo eres tú malo!
Con uno hay bastante y sobra.
RAIM. Papá!...
FAB. Defiende al criado!
Si no me extraña! Ni tú
ni él teneis que ganarlo!
BERN. (Como él lo ganó, cualquiera
se hace rico!)
FAB. Han cepillado
esta alfombra?
BERN. Sí señor!
FAB. Pues veo ya algunos ramos
descoloridos, y en casa
no tiene más que once años.
RAIM. Pues ya es natural que pierda
algun color.
FAB. No la paso!
Cuidando bien esta alfombra
siempre estará en buen estado,
segun me dijo su dueño
cuando la compré en el Rastro!
BERN. Es decir que ya era usada!
FAB. Cállese usted, deslenguado.

¿Quién le da permiso?...
BERN. Yo...
FAB. Zapatero, á tus zapatos.
Vete ya al recibimiento!
BERN. (Por doña María aguanto!...)
(Váse por el fondo.)

ESCENA IV.

D. FABIAN y RAIMUNDO.

RAIM. (Me duele tanta avaricia!)
FAB. Sabes qué estoy reparando?
Acércate!... Mas!
RAIM. ¿Qué es ello?
FAB. ¿Ya te has echado á diario
este pantalon?
RAIM. Papá,
si lo estrené el mes pasado.
FAB. Y qué tenemos con eso?
Guardo yo como oro en paño,
un pantalon que me hicieron
cuando el sitio de Bilbao,
y tú... sin duda te crees
hijo de algun millonario!
RAIM. Bien! Lo pondré los domingos.
FAB. Hay que ser hombre arreglado
y cuidar mucho la ropa.
RAIM. (Si registrase mi armario,
y viera lo que allí tengo
de trajes!)
FAB. Ya se ha acabado
la cuestion. Te quiero mucho,
y bien sabes que á mis años
podré tener mil defectos,
pero no el de ser avaro.
RAIM. No señor!
FAB. Me causan grima
esos hombres mentecatos
que economizan en todo
por no gastar su metálico.
RAIM. Oh!

FAB. Lo cual no significa
que esté mal lo que yo hago.
No fumo, quiero decir,
no compro nunca tabaco,
porque siempre hay un amigo
que me ofrezca algun habano:
y si doy á la criada
contaditos los garbanzos,
es porque luégo en la mesa
me gusta otra vez contarlos,
por el capricho de ver
si salieron los que entraron;
pero no resistiria
que me llamaran tacaño!

RAIM. Quién se ocupa?... Cada uno
es como Dios lo ha formado.
(Él nació en dia de ayuno,
yo en dia de pascua... Claro!)

FAB. Para que veas que soy...
hasta rumboso....

RAIM. (Atendamos.)

FAB. Hoy he resuelto aumentar
lo que tienes señalado
para tu bolsillo.

RAIM. Gracias!

FAB. Yo soy un padre sensato.
Veo que te apunta el bozo;
que vas á ser abogado.

RAIM. (Pobres pleitos.)

FAB. Que los hombres
solteros tienen sus gastos.

RAIM. Sí señor, sí! (Muchas veces,
mayores que los casados!)

FAB. Y en fin, que en cien compromisos
te verás á cada paso.

RAIM. Pues claro está. (Si él supiera
los lios en que yo ando.)

FAB. De consiguiente, es preciso
que se te aumente el diario.
Para todo el dia de hoy...
Toma... dos reales en cuartos!

RAIM. Ah! Dos reales!

FAB. Y en cobre!
Así no es tan arriesgado
que los pierdas.
RAIM. Justamente.
FAB. Y hacen más bulto guardados
en el chaleco.
RAIM. Eso sí!
FAB. Aquí están. Como ahora hay tantos
sistemas de esta moneda,
no puedo justos contarlos.
De estas piezas sobra, y tienes
que devolverme un ochavo.
RAIM. Me lo dará usted de menos
mañana.
FAB. Á todo me allano. (Le da el dinero.)
Toma! Ya puedes lucirte
con tus amigos. Sé cauto!
Con dos reales se hace mucho.
RAIM. (Al monte sí: se dan casos!...)
FAB. Ah! una cosa. Lo que ahorres...
RAIM. Eh?
FAB. Debes irlo guardando
para un dia que se ocurra...
RAIM. (Si supiera lo que gasto
sólo en cenar!...) (Guarda el dinero.)
FAB. Pero calle!
¿En qué estaba yo pensando
al darte esos dos reales,
siendo el dia que es?
RAIM. No alcanzo...
FAB. Ahora recuerdo que hoy
no los necesitas.—Dámelos!
RAIM. ¿Por qué no los necesito?
FAB. ¿No estamos á veinticuatro
de Setiembre?
RAIM. Sí señor!
FAB. El dia en que don Luciano
de Iturralde nos convida
á comer todos los años.
RAIM. Cierto.
FAB. Siempre en esta fecha
celebra el aniversario

del dia en que abrió su fábrica
de papel; y como vamos
de convite todo el dia,
no puedes tener hoy gastos.

RAIM. Es decir...

FAB. Que ó me devuelves
ese dinero...

RAIM. Ó lo guardo
para mañana, no es eso?

FAB. Como quieras. Te adelanto
la paga! Yo soy así.
Y ahora recuerdo. (Llamando.) Bernardo!
Jesús qué cabeza tengo!
¿Pues no me habia olvidado
de que yendo hoy á comer
con ese amigo?... Á este paso
dirán de mí con razon
que soy un despilfarrado!

ESCENA V.

DICHOS y BERNARDO.

BERN. Llamaba usted?

RAIM. (Qué distinto
soy de papá!)

FAB. Vé volando
á decir á la criada
que hoy suprima nuestros platos.
Que comemos fuera.

BERN. Voy.

FAB. Corre, no esté preparando
ya el almuerzo.

ESCENA VI.

D. FABIAN, RAIMUNDO.

FAB. Tú, Raimundo,
á vestirte de contado.

RAIM. Ya?

FAB. Don Luciano este dia

viene á buscarnos temprano,
y no hay que hacerle aguardar.

RAIM. Es que yo...

FAB. Tú, qué?

RAIM. Contando
con el permiso de usted,
me quedaria.

FAB. Muchacho!
Sería hacerle un desaire.

RAIM. Como estoy tan ocupado...

FAB. De veras? Qué ocupaciones
te impiden acompañarnos?

RAIM. Sabe usted que en este mes
me recibo de abogado;
que tengo que repasar
estudios de algunos años
para escribir el discurso
que leeré al tomar el grado.

FAB. Eso lo haces tú durmiendo!

RAIM. Cá! Ni despierto lo hago
como no me ayude...

FAB. Quién?

RAIM. Alberto!

FAB. ¿Ese pobre diablo
de quien eres tan amigo?
No lo hubiera sospechado.

RAIM. Es un jóven de talento.

FAB. No me gusta ese muchacho.
Viene á casa muchas veces.

RAIM. Le quiero como á un hermano
y él me quiere á mí lo mismo,
y le estoy muy obligado.
Á su talento le debo
pasar yo por literato.
Es periodista y poeta.

FAB. Lo creo! Así está tronado.

RAIM. Pero tiene el corazon
más noble...

FAB. ¡Valiente caso
hago yo de corazones
como el suyo!

RAIM. Pues citado

le tengo para esta hora.
Si con ustedes me marcho...

FAB. Que escriba él solo el discurso
y así valdrá el favor algo.
Con los libros que yo tengo
y los que mi pobre hermano
dejó al morirse, bien puede
escribir más que el Tostado.
Ea, á vestirte al instante!

RAIM. (No hay escape! Y la Rosario?
Y la Inés? Y la Juanita,
que hoy esperan mis regalos!)

ESCENA VII.

DICHOS, BERNARDO.

BERN. Ya avisé á la cocinera!

FAB. Está bien.

RAIM. Oye, Bernardo.
Cuando venga don Alberto
que pase á verme á mi cuarto.

BERN. Descuide usted.

RAIM. (Mientras haya
convites, vamos andando.)
(Váse á su carto.)

FAB. Yo tambien corro á vestirme.
Hoy es gran dia! Me planto
el pantalon que me hicieron
cuando el sitio de Bilbao,
y estreno la gran levita
que compré este mes de mayo
en la almoneda que hizo
un portero del Senado.

ESCENA VIII.

BERNARDO.

Por lo visto, los señores
van de fiesta todo el dia.
Me alegro! Mucha paciencia,
en verdad, se necesita

para sufrir las chocheces
del viejo. Doña María
irá tambien, y con ella
doña Mariana, *la niña*,
que á pesar de ser señora
que ya en los cuarenta frisa,
como ha quedado soltera,
la pobre se despepita
buscando lo que no encuentra;
y cuidado que está rica!
No peco de malicioso;
pero casi apostaria...
lo que no tengo, á que siente
celos de mi señorita,
y mira con buenos ojos
á alguno...

ESCENA IX.

ALBERTO, BERNARDO.

Alberto vestido muy modestamente.

ALB. Muy buenos dias.
BERN. Don Alberto de mi alma!
(Este es el mozo á quien mira!)
ALB. Qué dice el señor Bernardo?
BERN. Qué quiere usted que yo diga?
Recordar á todas horas
nuestra venturosa vida
de Aranjuez.
ALB. Esos son tiempos
que pasaron. ¿Y María?
BERN. La pobre ya en este mundo
no puede gozar más dichas,
que las que le proporcionan
sus cartas y sus visitas.
ALB. De consiguiente hoy va á ser
su ventura bien cumplida.
Vengo á escribir un discurso
con Raimundo, y todo el dia
lo pasaré en esta casa.

BERN. Voto al chápiro!
ALB. ¿Qué víbora
le ha picado á usted?
BERN. Qué diablo!
Pues si hoy toda la familia
va convidada á una fiesta.
ALB. Qué azar! Y yo que creia
ser tan feliz!
BERN. Negra estrella
es la de mi señorita.
No le bastaba á la huérfana
verse en Madrid recogida
de caridad, y tratada
así... como pegadiza,
ella, á quien dejó su padre
grandes riquezas y es víctima
de una estafa!...
ALB. Hable usted quedo!
BERN. De la estafa más inícua!
ALB. Prudencia, señor Bernardo!
¿Es posible que usté insista?
BERN. Sí señor, y no me apea
nadie de aquí.
ALB. Tan indigna
accion no puedo creerla
de don Fabian. Su sobrina
es un ángel; y no alcanzo
que haya un alma tan torcida
que la robe...
BERN. Don Alberto,
usté es jóven todavía
y no sabe lo que puede
en los hombres la avaricia!
Cuando enviudó don Antonio,
y esta fué nuestra ruina,
dió á su hermano don Fabian
las riquezas que tenia
para negociar con ellas;
porque en Aranjuez sus miras
no eran otras que entregarse
al cuidado de su hija.
Como entre hermanos no son

las escrituras precisas,
en un recibo cualquiera
puso don Fabian su firma.
Yo le tuve entre mis manos!
escrito en una cuartilla
de papel, que el buen señor
de seguro guardaria;
pero murió don Antonio
de muerte tan repentina,
que del maldito papel
no pudo darnos noticia,
y por más que registramos
nada se halló!

ALB. Qué desdicha!

BERN. Así, en cuanto don Fabian
supo lo que sucedia,
pásmese usted, don Alberto,
de su infamia y su codicia!
afirmó que á los dos años
devuelto á su hermano habia
sus riquezas.

ALB. Y quién sabe!

BERN. Mentira, señor, mentira!
Ay mi señor don Alberto!
¿No ama usté á mi señorita?

ALB. ¿No he de amarla, si en sus ojos
arde el faro de mi vida?

BERN. ¿Y no halla usted algun medio
de descubrir esta intriga,
para que la pobre huérfana...

ALB. Pleito arriesgado seria!
Hay que acusarlos de estafa
y probársela en justicia;
y á no probarla, muy graves
las consecuencias serian.
Ademas, desde el momento
que Dios nuestra union bendiga,
con mi trabajo tan sólo
quiero que dichosa viva.
Hoy valgo poco.

BERN. Eso no!

ALB. Soy un pobre periodista

que á la humanidad consagro
mi existencia noche y dia.
Otros bienes no poseo
que mi pluma y mis cuartillas;
y vivo en humilde esfera,
porque sin ánsias mezquinas,
la calumnia y la lisonja
se ahogan juntas en mi tinta!
Pero el público indulgente
con sus elogios me anima.
Sabe que soy hombre honrado,
y quizás el mejor dia
se complazca en otorgarme
el premio de mis vigilias,
que no es el mundo tan malo
como los malos lo pintan!

BERN. Pero tenga usted en cuenta
que la herencia que le quitan
asciende á treinta mil duros!
y que á nadie en esta vida
le amarga un dulce! y que de éstos
sí que entran pocos en libra!

ALB. Sólo aspiro á que ella deje
esta casa por la mia.

BERN. Ojalá fuese mañana!
Me duele verla metida
entre esta gente. ¡Qué seres
tan diferentes Dios cria!

ALB. Soberbios hay sin virtudes
y humildes de alma purísima,
como hay vanos girasoles
y violetas escondidas!
Llenos aquellos de orgullo,
en su erguido tallo giran
mirando al astro luciente
que sus movimientos guia,
sin que un perfume se exhale
de aquellas hojas altivas;
en tanto que las violetas
besando la tierra tímidas,
entre las hojosas matas
lucir sus galas esquivan,

y el regalo de su aroma
dan al mismo que las pisa!

BERN. Es decir que las violetas
son aquí, mi señorita,
usted...

ALB. No por cierto!

BERN. Y yo,
que á bueno no tengo envidia
á nadie! Y los girasoles,
los tres soberbios que habitan
esta casa! Si no hay
uno bueno en la familia!

ALB. Raimundo no es mal muchacho.

BERN. Don Raimundo? Usted delira!
Gastador, loco, insolente!
Una cabeza vacía.

ALB. Le debo algunos favores.

BERN. Lo siento.

ALB. Á los dos nos liga
una amistad verdadera.

BERN. Bien la explotará ese quidam!
Le está esperando en su cuarto.

ALB. Sí? Voy á verle en seguida.

BERN. Hasta otra vez.

ALB. Si usted puede...

BERN. Ya sé.

ALB. Decirle á María...

BERN. Que está usté en casa, ¿no es eso?
Bien! Se hará la encontradiza.
Vaya usted tranquilo!

ALB. Gracias!

(Váse por la derecha.)

BERN. Ya sabe que se le estima!

ESCENA X.

BERNARDO.

Aunque esto sea una cita,
el papel no me rebaja.
Don Alberto es una alhaja!
Pues digo, y mi señorita?

ESCENA XI.

BERNARDO y DOÑA MARIANA, por la primera puerta de la izquierda.

MAR. Saber quién entró deseo!
BERN. Yo no sé, doña Mariana!
(Limpiando los candelabros.)
Estoy toda la mañana
arreglando aquí. (Te veo!)
MAR. Álguien ha entrado! Estoy cierta
de que hablar á Alberto he oido.
BERN. Podrá ser; pero no he sido
yo quien le ha abierto la puerta.
MAR. Que no estoy para sandeces!
BERN. Usted sin razon se irrita,
señora! (Viniendo al primer término.)
MAR. Soy *señorita*!
Lo he dicho ya veinte veces:
y le haré tener más seso
si se le olvida otra vez!
BERN. Qué quiere usted! En Aranjuez
aprendemos poco de eso!
MAR. Tengo de casada traza?
BERN. Cá!
MAR. Pues á una solterita
se le llama... señorita.
BERN. (Pues esta ya es... señoraza!)
(Vuelve á limpiar los candelabros.)
MAR. De fijo que Alberto está
con Raimundo...
BERN. Yo no sé...
(Que rabie!)
MAR. Dígale usté
que le aguardo.
BERN. (Malo va.)
MAR. Deje usted ya esa arandela.
(Bernardo tira el plumero y se dirige al cuarto de Raimundo.)
Va usted con el ceño adusto?
BERN. Cá! Si voy con tanto gusto...
(Como á sacarme una muela.)

ESCENA XII.

DOÑA MARIANA.

Qué ha de hacer sino venir?
Yo haré que no me le roben.
El tal Alberto es un jóven
de brillante porvenir.
Y aunque sé que á mi sobrina
mira con cara risueña,
cuando una mujer se empeña
cualquier hombre desatina.
Mis trajes no son extraños!
(Con ridícula jactancia.)
Qué bien arreglada vengo!
(Se mira á un espejo.)
Si parece que hoy no tengo
más que diez y siete años!

ESCENA XIII.

DOÑA MARIANA, MARÍA, por la primera puerta de la izquierda.

MARIA. Buenos dias!
MAR. (Hay mujeres
que son una pesadilla!
Ya está encima esta chiquilla!)
MARIA. Buenos dias.
MAR. Qué me quieres? (Con sequedad.)
MARIA. Si me habla usted tan severa!...
Sólo verla á usted queria.
MAR. Pues ya me ves!
MARIA. Tia!
MAR. Tia!
Llámame de otra manera!
MARIA. No le gusta á usted?...
MAR. Deseo,
pues nadie cual yo te estima,
que desde hoy me llames... prima!
Tia es un nombre tan feo!

MARIA. ¿Pero creerán que es verdad
lo de prima?
MAR. Por qué no?
Y hasta es más propio! Tú y yo
tenemos la misma edad.
MARIA. Como usted quiera.
MAR. No pecas
por ser conmigo más llana.
En vez de doña Mariana
llámame Mariana á secas.
Si me hablas de usted te embrollas
de un modo que haces el bú.
Pues bien, trátame de tú
que es lo propio entre dos pollas!
MARIA. No me atreveré!
MAR. Simpleza!
Poquito á poco.
MARIA. Por Dios!
MAR. Quiero que haya entre las dos
franqueza, mucha franqueza!
Esta costumbre es de ene.
Verás como no te riño!
MARIA. Nunca hallé tanto cariño.
MAR. (Por la cuenta que me tiene.
No puede tardar ya Alberto
y alejarla es necesario.)
Hoy me olvidé del canario.
¿Quieres ir tú?...
MARIA. Sí por cierto!
Sin comer el pobre está,
cuando trina á todas horas. (Marchándose.)
MAR. (Al fin la alejo.)

ESCENA XIV.

DICHAS, ALBERTO, luégo BERNARDO.

ALB. Señoras!
MARIA. (Alberto!) (Se detiene.)
MAR. (Ya no se va!)
ALB. Bernardo me dió un recado
de usted y á saber venia...

MAR. Mio?... Será de María.
MARIA. Yo no...
MAR. Pues se ha equivocado.
ALB. Ahí viene. Yo le he entendido...
MAR. ¿Á qué preguntarle ahora?
Sabe usted que á cualquier hora
es usted bien recibido. (Aparece Bernardo.)
ALB. (Vaya un lance extraordinario!)
MAR. No hagas que el canario espere.
MARIA. Qué canario!
MAR. Y si se muere?
MARIA. Ántes soy yo que el canario!
BERN. (¡Ya le estorba! Me da grima!)
MAR. No ibas á cuidarle?
MARIA. Es que...
Tia, dispénseme usté!
MAR. Trátame de tú y de prima.
Que tengas franqueza intento,
pero toda mi ánsia es vana.
BERN. (Pues nadie á doña Mariana
le acierta en el tratamiento!)
ALB. Que no haya cuestiones graves.
MAR. Qué haces ahora aquí? Responde!
MARIA. Pues... me gusta estar en donde
está Alberto! Ya lo sabes!
ALB. Mil gracias!
MAR. Qué ligereza!
MARIA. ¿No tenias interés
en saberlo? Pues ya ves
que te trato con franqueza!
MAR. Pero dí, ¿te has vuelto loca?
¿cómo me hablas de esta suerte?
MARIA. Prima, por obedecerte!
BERN. (Bendita sea su boca!)
(Váse Bernardo por el fondo.)
MAR. Está bien! (Doña Mariana y María se sientan.)
ALB. Hoy con ustedes
pensaba pasar el dia;
pero sin mas compañía
me hallaré que estas paredes.
MAR. Cómo es eso?
ALB. Preparado

vengo á escribir, que urge ya,
el discurso que leerá
Raimundo al tomar el grado.

MARIA. Y en casa lo hareis los dos.

ALB. Lo haré yo solo.

MARIA. Qué arcano!

ALB. Me han dicho que un don Luciano...

MAR. Ya, ya! Calle usted por Dios.
¿No te acuerdas tú ya de él?

MARIA. No doy en quien sea!

MAR. Vaya!
El que estableció en Vizcaya
la fábrica de papel!

ALB. Ese mismo.

MARIA. Ya sé, ya!
Un señor que es abogado.

MAR. Antiguo, y muy afamado.
En venir no tardará:
Todos los años, contento
celebra con gran funcion
la dichosa fundacion
de aquel establecimiento.

ALB. Y hoy todos ustedes van...

MARIA. (Vamos, lo que á mí me pasa!...)

MAR. (Si yo me quedára en casa...
Sí, sí. Ya tengo mi plan!)

MARIA. Hay sucesos tan extraños...
¿Á que no se te ocurrió
lo que estoy pensando?

ALB. No!

MARIA. Que hoy tambien tú cumples años!

ALB. Sí!

MAR. Cuántos?

MARIA. Aunque él no quiera,
son... veinte y cinco.

ALB. Eso es!

MAR. Hombre! Me lleva usted tres!

ALB. Nadie lo dirá!

MARIA. (Embustera!)
¿Pues no dice Candelaria
que tiene usted...

MAR. No es verdad

y calla! Hablar de la edad
es una cosa ordinaria!

MARIA. Oye, Alberto. En Aranjuez,
cuando mis padres vivian
y tan dichosos corrian
los años de mi niñez,
este dia te mandaba
una flor recien abierta,
que en un rincon de su huerta
mi propia mano plantaba!
Hoy, que vivo pesarosa
sin más jardin que estas salas,
no eches de menos las galas
de aquella naciente rosa!
Esta flor sobra en mi aliño;
(Quitándosela del pecho ó de la cabeza.)
y aunque sé que no es tan bella,
tómala, Alberto, que en ella
va, como ayer, mi cariño!

ALB. No sé, María, explicar
cuánto es del alma el halago!

MAR. (Vaya un papel que yo hago!
Pero me voy á vengar!)
Felicitarle á mi vez
debo yo.

MARIA. (La calma pierdo!)

MAR. Y pues no tengo un recuerdo
ni una rosa de Aranjuez,
ruego á usted, aunque me aflija
ver lo pobre de la ofrenda,
que de mi amistad en prenda
acepte usté esta sortija. (Quitándose una.)

ALB. (Rehusándola.)
Oh, Mariana! Gracias mil!
Pero una piedra preciosa...

MAR. No crea usted que es gran cosa!
Un brillante del Brasil!

MARIA. (Me humilla!)

MAR. (Salí triunfante!)
Vamos! (Insistiendo con Alberto.)

ALB. Obligado quedo...
Pero yo...

MAR. Alberto!
ALB. No puedo
aceptar ese brillante.
MARIA. (Ah!) (Con gran alegria.)
MAR. Me gusta la ocurrencia!
Le regalamos las dos
y desaira á una!
ALB. Por Dios!
Hay una gran diferencia!
Una flor en el ojal
nunca á un pobre perjudica;
pero una joya tan rica
en mi mano sienta mal!
La murmuracion traviesa
creeria, viendo á su dueño,
que el diamante brasileño
era una piedra francesa.
Y mi amor propio rebaja
y no está bien que soporte
que niegue mi humilde porte
el mérito de una alhaja.
Mi mano lucir no debe
joya de tales primores.
Mejor lucen sus fulgores
sobre esa mano... de nieve!
MAR. Gracias! (Su orgullo me exalta!
(Se pone la sortija.)
No obstante rendirle espero!)
ALB. (Estás contenta?) (Ap. á María.)
MARIA. Sí; pero...
lo de *nieve* no hacia falta!)
(Como celosa.)
MAR. (Á Alberto.)
Sin diamantes, á mi ver,
quizá mi opinion le asombre,
bien puede pasar el hombre,
pero nunca la mujer.
MARIA. (Por mí lo dice!) (Ap. á Alberto.)
ALB. Distantes
están nuestros pareceres!
¡Pobres de muchas mujeres
que nunca tienen diamantes!

Es verdad que á la figura
de más perfecto contorno,
sienta bien algun adorno
que engalane su hermosura;
pero la pobre mujer
que no vive en régias salas,
tiene, á falta de esas galas,
otras galas que escoger.
Pues Dios, que al dar sus favores
nunca olvida á la pobreza,
para adornar su belleza
el campo cubrió de flores!

MARIA. Mamá me pudo dejar
muchas joyas deslumbrantes!

MAR. No basta tener diamantes,
sino saberlos llevar!

ESCENA XIV.

DICHOS, D. FABIAN y LUCIANO, por el fondo, seguido de BERNARDO. D. Fabian ridículamente vestido.

FAB. No se lo decia á usted?
Aquí están.

LUC. Adios, señoras!

MAR. Hola, señor don Luciano!

FAB. Dejarse de ceremonias,
y á vestirse en un instante!

MAR. Usted viene por nosotras?

LUC. Ya sabe usted la costumbre
de otros años!

MAR. La capota
ven á ponerte, sobrina.
¡Cuánto siento no ir de broma
con ustedes!

LUC. Pues qué ocurre?

MAR. Hoy la jaqueca me agobia.

LUC. Diablo!

MAR. Y bien á pesar mio,
en casa me quedo sola.

MARIA. (Con Alberto!) Pero, tia,
no se quejó usté hasta ahora

de ese dolor de cabeza.
MAR. Porque no soy quejumbrosa.
BERN. (Lo que sabe!)
FAB. Bueno! bueno!
No tardes dos ó tres horas
en arreglar á María.
MAR. Vamos, niña.
MARIA. (Qué congoja!)
MAR. Que enganchen la carretela!
(Váse con María á su habitacion.)
BERN. Bien! (Se le llena la boca
con la carretela!) (Váse por el foudo.)
LUC. Veo
que esto marcha viento en popa!
Ya tiene usted carretela!
FAB. Qué he de tener yo? Esa loca,
que gasta lo que no debe!
Yo no ando más que en mis botas!
Así gasto tantas! Á estas
ya les eché una remonta,
y las compré nuevecitas
el primer año del cólera!

ESCENA XVI.

DICHOS y RAIMUNDO.

RAIM. Ya estoy vestido.
LUC. Hola, pollo!
RAIM. Por mí no ha de haber demora.
FAB. Siéntese aquí don Luciano
mientras que...
(D. Luciano y D. Fabian se sientan en el sofá.)
RAIM. Tengo la honra
de presentarle á mi amigo
don Alberto Casanova.
LUC. Calle! Usted es periodista.
ALB. Sí señor.
LUC. De mucha nota.
RAIM. Ya lo creo!
FAB. (Á estos pobretes
nadie hay que no los conozca!)

(Alberto toma asiento al lado de D. Luciano: Raimundo va á sentarse sobre el sofá al lado de D. Fabian, que le da un empujon temiendo que estropee el mueble.)

LUC. Usted dirije un periódico
muy leido que se nombra...
ALB. *El Mensajero.*
LUC. Eso es!
Qué casualidad dichosa!
Esa empresa periodística
es la gran consumidora
del producto de mi fábrica.
FAB. Sí?
LUC. Le vendo más arrobas
de papel!... Celebro mucho
que las resmas que me compran
anden por el mundo escritas
por una pluma tan docta!
ALB. Usted quiere sonrojarme.
LUC. No tal!
FAB. (Bambolla! Bambolla!)
RAIM. (¿Ve usted si tiene talento?) (Á D. Fabian.)
FAB. (¿Á que no tiene una onza?)
LUC. Pues hoy quiero, y es inútil
que á mis deseos se oponga,
que asista usted á mi fiesta.
(D. Luciano coloca los piés sobre un taburete, á D. Fabian se lo aparta para que no lo manche.)
En ella se conmemora
la fundacion de la fábrica.
ALB. (Va María!)
LUC. No responda
que no, porque no hay excusa.
ALB. Doy á usted mil gracias!
FAB. (Sopla!
cómo va á ponerse el cuerpo
de trufas y de Borgoña!)
RAIM. Me alegro! Así estamos juntos!
FAB. Diga usted.—Si mi memoria
no me es infiel, hoy se cumplen
nueve años que usted explota
la fábrica.

LUC. Ya son diez!
Se concluyeron las obras
el año mil ochocientos
sesenta.
FAB. Justo!
LUC. Fué cosa
de un primo que tengo allí
y que mis rentas me cobra;
pero tuvo buen acierto.
Las ganancias son pasmosas.
FAB. Sí, eh? (Con expresion de avaricia.)
LUC. Y para el que sea
amigo de fama póstuma,
ya ve usted! En cada pliego, (Á Alberto.)
marcado en letras bien gordas
de timbre en seco, eterniza
su nombre!
FAB. Fama de sobra
adquirió usted con sus pleitos.
LUC. Me han nombrado juez ahora.
FAB. De dónde?
LUC. De este distrito.
Y aunque prefiero mi toga
al juzgado, no hubo escape,
la aceptacion fué forzosa.
FAB. Me alegro! De esta manera
si algun pleito se ocasiona
tenemos el padre alcalde!
ALB. Aunque de bien poca monta,
doy á usted mi enhorabuena.
FAB. (Eso darás tú! Parola!)

ESCENA XVII.

DICHOS, DOÑA MARIANA y MARÍA; luégo BERNARDO.

MAR. No dirás que hemos tardado.
RAIM. Coge tu sombrero, Alberto.
MAR. Tambien va usted? (Con gran sorpresa.)
ALB. Sí por cierto!
Don Luciano se ha empeñado!
MARIA. (Qué bien!)

FAB. Conque abur, Mariana.
MAR. (Yo debo hallar un recurso...)
No iba usté á hacer el discurso?...
RAIM. Lo haremos juntos mañana!
BERN. Esperando el coche está!
MAR. Sólo tiene cuatro asientos,
y Alberto...
RAIM. Qué cumplimientos!
Conmigo á pié se vendrá.
FAB. ¿Os falta algun adminículo?
MAR. (Oh! Ya sé!) Alberto!
(Llamándole á un lado con imperio.)
MARIA. (Qué fuero!)
MAR. (Porque le aprecio, no quiero
que se ponga usté en ridículo.)
ALB. (No entiendo...)
MAR. (Pues... francamente!...
Aunque ese amigo le invita,
vamos... con esa levita...
no me parece decente...)
ALB. (Ah!)
MAR. (En su orgullo le he herido!)
(D. Luciano se acerca á Alberto.)
ALB. Perdone usted. Ya no voy.
LUC. Por qué?
ALB. Ahora noto que estoy
de cualquier modo vestido...
LUC. Y eso qué importa? Bah! bah!
FAB. Pues que se quede!
MARIA. (Con disgusto.) Eso es!
RAIM. Pero, Alberto, tú no ves
qué traje lleva papá?
FAB Cómo se entiende?
RAIM. Anda, ven!
FAB. Tú á barato lo echas todo!
Los ricos, de cualquier modo
que se vistan están bien!
Apenas hay diferencia!
MAR. Resuelva usted de una vez.
FAB. Aquí tenemos un juez!
Pronuncie usted su sentencia!
LUC. Ninguno á fallar acierta

estas cuestiones; y si él...

ALB. Yo me quedo.

FAB. En marcha!

MARIA. (Cruel!)

MAR. Os despediré á la puerta.

(Vánse por el fondo, y D. Fabian al notar que hay una bujía entera en un candelabro, la guarda en e cajon de una consola.)

ESCENA XVIII.

ALBERTO.

Al notar el poco brillo
de mi ya gastado traje,
me hace Mariana un ultraje
y ante su ultraje me humillo!
Del hombre honrado y sencillo
hace el porte un ser extraño!
Todo redunda en su daño,
y en tanto el ser más inmundo
se disfraza en este mundo
con un pedazo de paño!

—

Volver me impide el rubor
á una casa en que así quedo!
Pero si sólo aquí puedo
ver al ángel de mi amor!
(Con amarga burla de sí mismo.)
Esta levita, en rigor,
paño y forros necesita!
Ella originó mi cuita!
Pues bien! Si justo he de ser,
la que no debe volver
á esta casa, es mi levita!

ESCENA XXIX.

ALBERTO y DOÑA MARIANA y BERNARDO, por el foro.

MAR. Ya se ha marchado esa gente!
¿No se sienta usted?

ALB. Señora...
Tengo que salir ahora.
MAR. Salir?
ALB. Á un negocio urgente.
MAR. Va usté á dejarme solita?
ALB. Lo siento! De prisa estoy!
MAR. Pero á dónde va usted?
ALB. Voy...
á ponerme otra levita! (Váse por el fondo.)

ESCENA ÚLTIMA.

DOÑA MARIANA, BERNARDO; luégo D. FABIAN.

BERN. (Este es un golpe bien dado!)
MAR. Lucida quedé por cierto!
Ahora que se marcha Alberto
la jaqueca me ha atacado!
Trae tila á mi cuarto! Pronto.
(Se va á su habitacion.)
BERN. Al punto voy, señorita!
(Don Alberto y su levita
no tienen pelo de tonto!)
(Váse por la izquierda segunda puerta.)
FAB. (Asoma D. Fabian por el fondo.)
Justo! Ardiendo todavía
la chimenea! Es trabajo!
LUC. (Dentro.) Pero don Fabian!
FAB. Ya bajo!
(Vierte el agua de un florero sobre la chimenea.)
Quién de sirvientes se fia!
(Váse rápidamente por el fondo. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion que en el acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA MARIANA y D. FABIAN.

MAR. Pero vas á estar gruñendo
todo el dia?
FAB. No es el caso
para ménos! Pocas veces
se pasan tan buenos ratos,
como el que hoy nos ofrecia
la casa de don Luciano;
y por un capricho tuyo
nada mas, hemos dejado
á lo mejor aquel goce
tan completo y tan barato!
MAR. Bien! Ya sabes el motivo
por que he mandado á llamaros.
Temí que fuera un ataque
cerebral. Dije á Bernardo
que fuera á daros aviso,
y os he molestado en vano.
FAB. Ya lo creo!
MAR. Ahora conozco
que fué imprudente el recado.

Debí causaros un susto
creyendo que era un amago.

FAB. El susto era lo de ménos!
Lo que me ha desazonado
fué no acabar el convite.
Yo estaba comiendo pavo!

MAR. Tú pavo?

FAB. En sentido recto,
no en sentido figurado.

MAR. Como en casa nunca quieres
que se compre...

FAB. Y qué hay de extraño?
Lo que repugno en mi mesa
me gusta de convidado.
En casa sólo me gusta
almorzar mis sopas de ajo,
ó unas patatas guisadas,
en fin, platos delicados;
pero en cuanto me convidan
tengo estómago ordinario,
y lo mismo como chochas,
que salmon, bistek ó lenguado.

MAR. Á propósito! Me ha dicho
la cocinera hace un rato
que hoy no dispuso comida.

FAB. Eso le habia ordenado
contando con el convite
de mi amigo.

MAR. (Qué tacaño!)

FAB. Por fortuna yo y los chicos
comimos ya demasiado.

MAR. Es que yo estoy en ayunas.

FAB. Pues si comes te hará daño.
Ese dolor de jaqueca
quiere dieta.

MAR. ¿Estas soñando?

FAB. Toma tila! mucha tila!
Ya sabes que no reparo,
en gastar cuando te aqueja
esa enfermedad del diablo!

MAR .Pero Fabian...

FAB. Sé más dócil:

y pues nada hay preparado...
MAR. Que me traigan de la fonda...
FAB. No te dan las fondas asco?
¿Sabes tú los gatuperios?...
MAR. Siempre tan desconfiado!
Comeria ahora con gusto...
conejo.
FAB. Mira que es caro
y te mandan uno de esos
que corren por los tejados.
MAR. Basta, Fabian! Si no quieres
pagarlo tú, yo lo pago.
FAB. Está bien! Me gusta el rumbo!
MAR. Tengo apetito!
FAB. Á este paso
pronto despachas tu parte
de la herencia que he ocultado
á María, y que tú y yo
repartimos como hermanos!
MAR. Habla quedo.
FAB. Nadie escucha
y tus temores son vanos.
El negocio de la herencia
es asunto terminado.
No se encontró mi recibo
aunque mucho registraron,
y por si un dia aparece
ya estoy yo bien preparado.
MAR. Y aparte de la salida
que tengas para ese caso,
si con María casara
Raimundo...
FAB. No fuera malo!
MAR. Todo en casa quedaria
en último resultado.
FAB. Hay que alejar á ese Alberto
que me parece un obstáculo.
MAR. Alejarle? Y para qué?
Quieres que yo me haga cargo
de este asunto?
FAB. Convenido.
MAR. Pues bien! Lo más acertado

es un viaje.

FAB. Adónde?

MAR. Á Astúrias.

FAB. Me gusta! Es pais barato
y viviremos en él
con la mitad de estos gastos.

MAR. Las cosas deben hacerse
de pronto!

FAB. Muy bien pensado!

MAR. Ántes que lo sepa Alberto.

FAB. Por mí no ha de haber retraso.

MAR. Qué hora tienes?

FAB. Yo, ninguna!

MAR. Pues tu reló?...

FAB. Está parado.

MAR. Me alegro! Tuviste el gusto
de comprar ese cascajo,
y, chico, por poco precio
no hay reló bueno.

FAB. Es engaño!
Cuando quiero darle cuerda,
no sufre más que un atraso
de dos horas cada dia;
pero le tengo parado
porque el reló es una alhaja,
que se gasta mucho andando.
Voy á quitarme esta ropa
y vuelvo.
(Está vestido como al final del primer acto.)

MAR. Yo aquí descanso.

FAB. Bien. (No sé por qué me tienen
por un avaro... Yo avaro!
y se me antoja un reló,
y le compro, y tengo ánimo
para dar por él... tres duros?
Vamos, no quiero pensarlo!)

ESCENA II.

DOÑA MARIANA.

Qué habrá hecho Alberto? sin dud

como su amor propio es tanto,
á costa de un sacrificio
algun traje habrá comprado
para correr en seguida
á casa de don Luciano!
Cuánto aspaviento habrá hecho
mi sobrina! Él á su lado
se pondria, estoy segura:
pero á lo mejor del caso
la dicha de esa tontuela
llegó á turbar mi recado,
(Llama en un timbre.)
La verdad de lo ocurrido
voy á saber por Bernardo.

ESCENA III.

DOÑA MARIANA y BERNARDO.

BERN. Llama la *señora*, digo,
la *señorita*?
MAR. He llamado
á usted, porque hace una hora
fué á casa de don Luciano
á decir que estaba enferma,
y creo que algun recado
le darian para mí
los concurrentes.
BERN. Exacto!
todos aquellos señores
su enfermedad lamentaron.
MAR. Y don Alberto qué dijo?
BERN. Don Alberto?
MAR. Sí.
BERN. No ha estado]
en el convite.
MAR. Es posible?
BERN. Ya lo creo!
MAR. Vaya un chasco!
BERN. (Á que se fingió la enferma
creyendo dar un mal rato...
Me alegro!)
MAR. Es decir que ignora

que los chicos y mi hermano
han vuelto á casa? (Así al ménos
no podrán hoy verse.)

BERN. Vamos!
Veo que no soy tan torpe
como usted piensa.

MAR. No alcanzo
lo que quiere usted decirme...

BERN. Don Alberto está enterado
de todo lo sucedido.

MAR. Quién ha podido enterarlo?

BERN. Yo mismo.

MAR. Usted?

BERN. Sí señora!

MAR. (Este hombre es un mentecato!)
Y á usted quién le manda?...

BERN. Á mí
nadie me dió tal encargo;
pero como yo conozco
que don Alberto es muy guapo,
y que la estima á usted mucho,
cuando la ví en tal estado...

MAR. Era un dolor de jaqueca.

BERN. Bien; pero yo, por si acaso
era otra cosa, fuí al punto
á decirle que mis amos
estaban aquí de vuelta
por la ocurrencia asustados;
y él no tardará en venir
por si ayudar puede en algo.
(Toma jaqueca!)

MAR. Habrá tonto!
Al fin paleto!

BERN. En qué he errado?

MAR. Retírese usté!

BERN. (El paleto
le dió en el medio del blanco!) (Váse.)

ESCENA IV.

DOÑA MARIANA.

En verdad que anduve torpe!

Conque es decir que he logrado
reunir á Alberto y María
cuando intenté separarlos?
Hay para volverse loca
con lo que me está pasando!

ESCENA V.

DOÑA MARIANA, RAIMUNDO, por la derecha.

RAIM. (Está sola! Ánimo fuerte!
No tengo un céntimo hoy dia
y esto es horrible; de suerte
que hay que apelar á mi tia!)
MAR. Quién es?
RAIM. Soy yo! Tu sobrino!
Mal rato pasé en verdad,
(Con extremado cariño.)
y vine todo el camino
pensando en tu enfermedad!
Ya sabes cuánto te quiero!
¿Cómo estás de tu quebranto?
MAR. Mira, hoy no tengo dinero,
conque no me adules tanto!
RAIM. ¡Un móvil tan vergonzoso
piensas que me obligue?...
MAR. Sí!
Cuando me hablas cariñoso
sé lo que esperas de mí!
RAIM. Pues bien; aunque mal te cuadre
á tí acudo...
MAR. En tus ruinas!
RAIM. (Con zalamería.)
Me quieres como una madre,
y por eso me adivinas!
MAR. Zalamero!
RAIM. Hoy ni un real
hay en mi bolsa vacía,
y vengo á contar mi mal
á mi tia.
MAR. Hoy no hay tu-tía!
RAIM. Con mis apuros violentos

cualquiera se vuelve loco!
Sabrás...

MAR. No estoy para cuentos!
RAIM. Y para cuentas?
MAR. Tampoco!
RAIM. Esas son ridiculeces!
Oye con qué penas lucho!
MAR. Con las mismas que otras veces!
RAIM. Oye por piedad!
MAR. Ya escucho!
RAIM. Del mundo en el torbellino
por cuantas veo me afano;
mas pienso con juicio *sano*
que no me ayuda mi *sino.*
Una Elvira es la conquista
que hoy por hoy ménos me cuesta.
No conozco una *modista*
que la iguale en lo *modesta;*
pero ayer por su peinado
un disgusto hemos tenido,
pues no cree que estoy *prendado*
si no la compro un *prendido!*
Cierta Inés me sorbe el seso
y complacerla es preciso.
Me ama ya; mas *para eso*
la he abonado á un *paraiso;*
y hoy dice que es un bochorno
dejar tal solaz nocturno,
y á su privanza no *torno*
si no le renuevo el *turno*!
Por otra parte, la *Rita*
es en gastar mani-*rota;*
la he comprado una *capita*
y ahora quiere una *capota.*
Petra no está acomodada;
y hasta que ganarlo pueda,
si vieras con qué *monada*
me pide cualquier *moneda*!
Un reloj con su leontina
tengo que comprar mañana,
y dárselo á *Catalina,*
la florista *catalana.*

Y, en fin, me dice la *Loìa*
que sólo consiente un *lila*
que se vista una *manola*
sin pañolon de *Manila*!
Yo espero que para octubre
algun dinero me sobre;
¿pero qué atencion se *cubre*
con media peseta en *cobre*?
(Enseñando la que le dió D. Fabian.)
Dime ahora tú si tirano
es con mi amor el destino,
y si obré con juicio *sano*
al renegar de mi *sino*!
Por Dios á un triste redime
de situacion tan infame!
Dime pestes, *dime*! *díme*!
Pero *dáme*! *dáme*! *dáme*!

MAR. Las mismas trampas de amor
me cuentas siempre!

RAIM. De veras?
Es que aún falta lo peor!

MAR. Cuenta, cuenta lo que quieras!

RAIM. Pues lo que más me rebaja,
es un maldito usurero
que vive en la Cava Baja
número ochenta, tercero!
Me presta por su interés
en ocasiones fatales,
y hoy vencen dos pagarés
que importan... seis mil reales!
Queriendo darme un mal trago
vino á verme el usurero;
yo lo dije:—«No los pago
porque no tengo dinero.»
Pero el que á prestar se arroja,
cuando un pagaré ha vencido,
quiere que se le recoja
aùnque uno esté... recogido!
En vano le demostré
que con él constante soy:
—«Qué dije ayer? *Pagaré*!
Pues *pagaré* digo hoy.»

El usurero inhumano
me habló de un modo muy duro.
Como ignora el castellano
no sabe lo que es futuro.
—«Yo en pagarle me intereso,—
le dije.—Cuándo?—No sé!
—Si es pagaré!—Pues por eso
se le llama... *pagaré*!
—Á juicio le he de citar!
—Hombre, yo haré un sacrificio!
—Qué dia va usté á pagar?
—El mismo dia del *juicio*!»

MAR. El hombre estaba fundado!

RAIM. Pues como vino se va,
á no haberme amenazado
con presentarse á papá.

MAR. Hola!

RAIM. Me dió todo el dia
para evitar este lance,
y yo espero que mi tia
me librará del percance!

MAR. Hoy sin dinero me hallo.

RAIM. Dame al ménos... veinte duros!
Con tres golpes á un caballo
saldré de algunos apuros.

MAR. Jugando?

RAIM. Al monte!

MAR. No quiero!
Nadie á ese juego ganó!

RAIM. Y el que me lleve el dinero,
¿lo ganará al dominó?

MAR. Eres atroz!

RAIM. ¿No reparas
que puedo salvarme así?
Si tú me necesitaras,
que no haria yo por tí?

MAR. Quién sabe!...

RAIM. No me arrepiento!
Imponme algun sacrificio
y verás cómo al momento
te pago este beneficio!

MAR. (Si de su oferta me valgo

esta es la ocasion mejor.)
RAIM. Yo quiero servirte en algo!
MAR. Pues bien; favor por favor!
De una carta solamente
que la suerte te reparta
depende tu bien! Corriente!
Yo necesito otra carta.
(Despues de un momento de asombro.)
RAIM. Quieres ir á medias?
MAR. No!
No es eso. ¿Tú escribirias
una carta?
RAIM. No que no!
Aunque fuera la de Urías!
MAR. Pues vas á escribir...
RAIM. Á quién?
MAR. Á María!
RAIM. Á mi primita!
MAR. Qué te parece?
RAIM. Muy bien!
Es una niña bonita.
MAR. Lo que yo dicte pondrás.
RAIM. Sólo complacerte quiero.
MAR. Son cuatro líneas no mas.
RAIM. Aquí hay papel y tintero.
MAR. Aquí no! La carta es grave
y aún meditada no está.
RAIM. Una intriguilla?
MAR. ¡Quién sabe
el alcance que tendrá!
RAIM. Pero yo estoy muy violento,
y ese dinero me urgía!
MAR. Vé á mi cuarto y al momento
se hará todo.
RAIM. Gracias, tia!
(Jugaré albures y gallos!)
Te espero en tu habitacion!
(Si hoy me ayudan los caballos,
se salvó la situacion!)
(Váse primera puerta de la izquierda.)

ESCENA VI.

DOÑA MARIANA.

Bien disponiéndose van
los hilos para mi trama!
Ahora mi atencion reclama
la otra mitad de mi plan!
Con dificultades hartas
luchar debo en esta intriga;
mas quizá mi plan consiga
jugando con dobles cartas.
María, dócil y amante,
de fijo á mi red se entrega
sin sospechar... Ella llega!
Aprovecharé el instante!

ESCENA VII.

MARIANA, MARÍA, segunda puerta izquierda.

MARIA. La buscaba á usted.
MAR. María!
Te olvidas de mi deseo.
Háblame de tú!
MARIA. Está feo.
MAR. Como quieras, hija mia.
Á la verdad, nadie peca
por considerarme así.
MARIA. Á enterarme vengo aquí,
de si cedió la jaqueca.
MAR. Qué jaqueca!
MARIA. Pero tia!
MAR. (Empieza mi plan.) Escucha,
y comprenderás si es mucha
hácia tí mi simpatía.
Fingí esa indisposicion
para que nadie recele...
Pero á mí nada me duele,
á no ser... el corazon!
MARIA. Ama usted?

MAR. Sin un adarme
de reflexion.
MARIA. (Bien me han dicho!)
MAR. Si á mi edad no me encapricho,
cuando voy á encapricharme?
Sufro tormentos atroces
y te los voy á contar.
Mi novio es un militar.
MARIA. (Respiro!)
MAR. No le conoces.
Aunque tú nada me explicas
de tus tiernos amoríos,
te voy á contar los mios,
como hacen siempre las chicas! (Se sientan.)
Rica y jóven, te confieso
que tuve amantes... así!
(Juntando los dedos.)
(Oja!á!) Mas siempre huí
del amor, que es muy travieso!
Pretendieron mi conquista,
y todos quedaron mal,
Un banquero, un general
y un diputado carlista.
Pero son tan misteriosos
del corazon los impulsos,
que despues de hallar insultos
partidos tan ventajosos,
el niño Amor halló traza
de vencerme de repente,
en forma de un subteniente
de cazadores de Baz a!
Su valor mostró en Madrid
al frente del enemigo.
Ya ves! Se llama Rodrigo!
El mismo nombre del Cid!
Á su amor mi genio humillo!
y hoy en casa que dé yo
porque él venir me ofreció
á hablar por el ventanillo.
Llegó la fijada hora;
pero en vez del subteniente
se presentó su asistente

con una carta traidora.
Me dice que está celoso
de un tal Arturo, que es...
(Qué haré yo á Arturo?) un marqués
que le gusta hacerme el oso.
Añade que ántes que suba
á hablarme, se morirá;
y en fin, me dice que va
á embarcarse para Cuba!
Calcula tú mi quebranto
si se muere ó vuelve herido!
Yo nunca tanto he sufrido! (Levantándose.)
(Ni en mi vida mentí tanto!)

MARIA. Compadezco á usted de veras,
y animarla es mi deseo
si es posible.

MAR. ¡Ya lo creo
que hacerme un favor pudieras!

MARIA. Feliz si en esta ocasion
consolar á usted consigo.

MAR. Pues... la carta de Rodrigo...
exige contestacion.
Él no ha visto todavía
mi letra, aunque lo desea:
yo sé que la hago muy fea,
que no tengo ortografía,
y salvar quiero el escollo
de que por ruin vanidad
la enseñe, porque en verdad
todo hay que temer de un pollo!
Tú haces una letra inglesa
que buena envidia me da!
Nadie que es tuya sabrá,
y si mi afan te interesa...

MARIA. Quiere usted que yo?...

MAR. Te opones?

MARIA. No por cierto!

MAR. (Ya cayó!)
Aquí tenemos *buró*.
No son más que dos renglones.

MARIA. Vamos. (Sentándose para escribir.)

MAR. Nunca olvidaré

tu ayuda.

MARIA. Buena está ella!
Si escribo por la doncella,
no he de escribir por usté?

MAR. Pon.—«Mi querido Rodrigo.»

MARIA. «Rodrigo.» (Despues de escribir.)

MAR. Ya va eso mal.
Sólo quiero la inicial
de su nombre.—Otra en castigo.

MARIA. «Mi querido R.» (Escribiendo.)

MAR. Eso es!
(Puede ser... Raimundo así.)
«Tu ingrata carta leí
»y á llorar me eché despues.»

MARIA. «Despues.» (Como repitiendo lo dictado.)

MAR. «Tú que tanto vales
»te celas de Arturo ya!»
Arturo, solo una A.

MARIA. No pondré mas que iniciales.

MAR. Con ellas si se extravía
nadie supondrá lo cierto.
(La A de Arturo, dirá Alberto.)

MARIA. Ya está.

MAR. «Deja esa porfía!
»y aunque á Bernardo le teme,
»espera hablarte mañana
»tu apasionada... Mariana.»
Ya sabes, solo una M.
(Esta es su misma inicial.)

MARIA. (Pronto de escribirle se harta.)

MAR. Posdata. «Incluyo tu carta
«porque el verla me hace mal.»
(En buena intriga la meto.)

MARIA. Ea! Ya está usted servida!

MAR. Júrame por Dios, querida,
que guardarás el secreto!

MARIA. Verá usted si soy callada!
Pero falta el sobre!

MAR. No!
Lo escribiré luégo yo.
Un sobre no importa nada!

ESCENA VIII.

DICHAS, RAIMUNDO.

RAIM. ¿No vienes?
MAR. Razon te sobra.
RAIM. De esperar por tí estoy harto.
MAR. Vé luégo á verme á mi cuarto. (Á María.)
(Vamos á acabar la obra!)
(Váse con Raimundo.)

ESCENA IX.

MARIA.

Tan completa intimidad
no esperaba de mi tia!
¡Y yo celosa vivia
de su mala voluntad!
Con gusto mi error advierto,
pues mi calma así consigo!

ESCENA X.

DICHA, ALBERTO y BERNARDO por el fondo.

BERN. Ya ve usted que soy su amigo!
MARIA. Quién viene?
ALB. María!
MARIA. (Alejándose.) Alberto!
ALB. Te retiras?
MARIA. Bien no está
que hablemos los dos aquí
á solas.
BERN. Á solas?
MARIA. Sí.
BERN. Pues yo ¿no soy nadie ya?
ALB. Bien, Bernardo!
BERN. Desde léjos
presenciaré la entrevista.
Seré un testigo de vista.
(De algo han de servir los viejos.

ESCENA XI.

MARÍA y ALBERTO, BERNARDO aparece de vez en cuando paseándose por el foro.

ALB. Hoy que por primera vez
á solas consigo verte,
¿me recibes de esta suerte
con mal oculta esquivez?
De este momento dichoso
tu desden el brillo empaña!
MARIA. Alberto!
ALB. Y luégo te extraña
que viva siempre celoso!
MARIA. Pero de quién?
ALB. Que esta idea
no te ofenda ni te asombre.
Tengo unos celos sin nombre,
de cuanto aquí te rodea!
MARIA. Si un sentimiento traidor
naciera en el alma mia,
el fuego lo abrasaria
del recuerdo de tu amor!
De mi fe Dios te hizo dueño
y tuya es toda mi vida!
Con tu amor sueño dormida!
Con tu amor despierta sueño!
Mi pensamiento veloz
persigue á tu pensamiento!
En mi aliento está tu aliento!
y en mí voz suena tu voz,
como si tu ser querido
de mi ser formara parte!
¡Si no nací para amarte
no sé para qué he nacido!
ALB. Tu amor compensa con creces
mi suerte siempre enemiga!
MARIA. Y extrañas que esto te diga?
Si te lo he dicho cien veces!
ALB. Dílo otra mas!
MARIA. Qué egoismo!

Vas á llamarme pesada!

ALB. ¡Nunca el alma enamorada
se cansa de oir lo mismo!

MARIA. No extrañes que en tu presencia
te jure un amor constante,
pues no te olvidé un instante
en los años de tu ausencia.
Sintiendo la languidez
de mis esperanzas muertas,
recorria las desiertas
alamedas de Aranjuez.
Y sólo amaba la vida
siempre que el sol declinaba!

ALB. Recordabas?...

MARIA. Recordaba
tu amorosa despedida.
—«María! cuando trasmonte
»el sol al morir la tarde,
»en aquel rayo que arde
»postrero en el horizonte,
»juntaremos desde léjos
»nuestras amantes miradas...
»y se tornarán cambiadas
»en sus dorados reflejos!»
Cumpliste tu oferta?

ALB. Sí!

MARIA. Siempre, diciendo te adoro,
mandaste á sus rayos de oro
tu mirada para mí?

ALB. Lo dudas?

MARIA. Ni un sólo dia
te has olvidado?

ALB. Qué empeño! (Turbado.)

MARIA. Por qué pones ese ceño?

ALB. Pues bien, escucha, María!
Tú bien sabes que arruinó
mi casa desgracia ruda:
que mi madre quedó viuda
sin más amparo que yo!
Que niño y pobre me hallé
sin poderla allí ayudar,
y aquí viné á trabajar

y trabajando estudié.
Madrid brinda, no te asombres,
á los más oscuros seres,
el brillo de sus mujeres,
la proteccion de sus hombres.
Ninguna accion cometí
que mal recordar me cuadre.
Ganaba para mi madre
y vivia para tí!
En cambio, á cada momento
luché con dolor profundo;
que para nada en el mundo
es preciso más talento,
aunque el alma se halle honrada
y la esperanza nos sobre,
que para saber ser pobre
con la frente levantada!
Y tanto sufrí, que un dia,
un solo dia no mas,
Dios, por probarme quizás,
apuró la fuerza mia!
Del sufrimiento al rigor
mis ilusiones ví muertas!
Cerradas todas las puertas
á la voz de mi dolor!
Y llegué á olvidarme así
aquella tarde inhumana,
de mi pobre madre anciana!...
y qué mas?... hasta de tí!

MARIA. Calla, Alberto!

ALB. Hoy ya no lucho
ni hay nada que me acobarde.

MARIA. Me has olvidado una tarde!

ALB. Perdóname, sufrí mucho!

MARIA. Por eso lloré yo un dia,
fija en el sol mi mirada,
pidiéndole enamorada
otra... que el sol no tenia!
Nunca ansié con más tristeza
que ocultase su luz pura,
y nunca la noche oscura
llegó con mayor pereza!

Si nacen de tus rigores,
bien hayan las penas mias!
Quiero reir cuando rias,
y llorar siempre que llores;
que nuestro amor, place á Dios;
y al mirar cariño tanto,
para la risa y el llanto
hizo un alma de las dos!

BERN. (Anda! Anda!)

MARIA. Y aún te incomodas!

BERN. (Si es tontería, señor!
En tratándose de amor,
hablan como un libro todas!)

ALB. De tu corazon sencillo
me alienta el amor profundo.

BERN. Basta! Basta! Don Raimundo
viene por ese pasillo!

MARIA. Adios!

ALB. Ya te alejas? Ven!

MARIA. Temo á Raimundo!

ALB. Entre primos...

MARIA. Que ni aun sepa que nos vimos.

ALB. Por qué?

MARIA. Porque no está bien!

(Se va precipitadamente segunda puerta izquierda.)

ESCENA XII.

ALBERTO, BERNARDO, en segundo término.

ALB. Teme á Raimundo! Quién sabe
si los dos?... Tengamos juicio!
¡Que nunca inspiren los celos
más que recelos indignos!
Ella tan buena! Él tan loco!
Me avergüenzo de mí mismo!

ESCENA XIII.

DICHOS, RAIMUNDO.

RAIM. (Ya hay plata! Al primer caballo
catorce duros le arrimo!)

Hola, Alberto!

ALB. Adios, Raimundo!
Hace un momento he sabido
la enfermedad de Mariana,
y que con este motivo
volvisteis á casa todos.

RAIM. Yo me he alegrado infinito.

ALB. Yo tambien; pues de este modo
podremos hacer hoy mismo
el discurso que leerás
al tomar el grado.

RAIM. Chico!
quedarme en casa esta tarde
me ocasiona un gran perjuicio;
pero tú que eres tan bueno...

ALB. Amigo de mis amigos.

RAIM. Hazme completo el favor.

BERN. (Que me emplumen si no atino
lo que quiere!)

ALB. Tú dirás.

RAIM. Que ahora salga es urgentísimo.
Quieres hacerlo tú solo?

BERN. (Qué tal?)

ALB. Por qué no?

RAIM. Al avío!
De todos modos yo sé
que mal estudiante he sido,
y te valdria de poco
mi ayuda.

BERN. (Lo mismo digo!)

ALB. Nunca está de mas.

RAIM. Ya sabes
que tema me han repartido.

ALB. «Del abuso de confianza.»

RAIM. Justo! Me marcho tranquilo.
Seguro estoy de que harás
un discurso brillantísimo.
Aquí nadie te incomoda.
Tienes todo lo preciso
para escribir, y si acaso
necesitas algun libro...

ALB. Tráeme las «Siete Partidas,»

por si alguna de ellas cito.

RAIM. Las Siete... qué?

ALB. Las Partidas!

RAIM. (En mi vida las he visto!)
Yo creo que no las tengo!

BERN. Las tiene usted, señorito.

RAIM. Qué sabes tú?

BENN. En Aranjuez
las compró su señor tio
don Antonio, y á su muerte
á esta casa se han traido.
Están en su biblioteca.
Un gran tomo en pergamino!

RAIM. Vamos á buscarlas? (Á Alberto.)

ALB. Vamos.

(Vánse Alberto y Raimundo por la izquierda.)

BERN. Y cuando esté concluido
el discurso, dirá el padre:
—«Qué talento tiene mi hijo!»—
Y él se dará mucho tono!
Y le creerán hombre listo!
¡Cuántos habrá en este mundo
que harán lo que este borrico!
Violetas y girasoles!
Qué bien don Alberto dijo! (Váse.)

ESCENA XIV.

DOÑA MARIANA, con algunas tarjetas cerradas y una carta.

Catorce tarjetas! Bastan!
De nadie más me despido,
y eso que unas cuatrocientas
casas en Madrid visito!
Por el correo interior
llegarán á su destino,
mañana á primera hora
lo más pronto. No hay peligro,
por tanto, en mandar con ellas
las cartas que á Alberto envio,
y que gracias á una fábula
he arrancado á mis sobrinos.

Mañana á las ocho habremos
todos en el tren partido! (Toca el timbre.)
Aunque yo dispongo el viaje
con extremado sigilo,
temiendo estoy que este viejo
note algun preparativo.

ESCENA XV.

DOÑA MARIANA, BERNARDO.

BERN. Qué manda doña Mariana?
MAR. Va usté á llevar ahora mismo
estas cartas al correo.
BERN. Corriente!
MAR. En el estanquillo
les pondrá usté á todas sellos
del interior.
BERN. Bien.
MAR. No fio
más que á usted mis cartas.
BERN. Gracias.
MAR. Pero quiero que cumplido
quede este encargo al momento.
BERN. Vengan.
MAR. Voy á ser testigo
de que sale usted ahora.
BERN. Véalo usted si es capricho.
MAR. Ahí van. (Se las da.)
BERN. (Más correspondencia
no tiene ningun ministro.)
(Vánse por el fondo.)

ESCENA XVI.

ALBERTO y RAIMUNDO, con un libro en fólio.

RAIM. Bien recordaba Bernardo
que tenia yo este libro.
ALB. Como cosa de su amo!
Hasta le tendrá cariño.
RAIM. Conque aquí te arreglas solo.

Á ver si tienes concluido
el discurso cuando vuelva.
ALB. Si tardas podré concluirlo.
RAIM. Tardaré ó no, segun vengan...
(los caballos.) Conque, chico,
hasta despues.
ALB. Aquí aguardo.
RAIM. (Mi juego está decidido!
Seis caballos, y me llevo
hasta la luz del Casino!) (Váse.)

ESCENA XVII.

ALBERTO, sentado á la mesa.

Quién dijera á don Antonio
cuando este libro compró,
que hubiera de abrirle yo
en lugar de ese bolonio!
Bien de polvo está cubierto!
No lo extraño! Todavía
será el de su librería
de Aranjuez! Estoy bien cierto!
Del estudio las congojas
el tal Raimundo no pasa;
y ninguno en esta casa
habrá doblado estas hojas.
(Hojea el libro.)
Un papel?... Dios soberano!...
Tu providencia concibo!
Sí, sí! No hay duda... El recibo
que don Fabian dió á su hermano!
En mi poder tal papel!
Don Antonio acaso... Sí!
lo habria guardado aquí
y ninguno dió con él.
Bernardo bien me decia:
—«Han robado á esa inocente.»—
Mas hoy el cielo consiente
que haga dichosa á María.

ESCENA XVIII.

ALBERTO, BERNARDO.

BERN. Don Alberto! Don Alberto!
ALB. Ah Bernardo! Qué noticia!
BERN. Qué ocurre?
ALB. Los girasoles
á las violetas se humillan.
BERN. Explíquese usted.
ALB. Mañana
será dichosa María!
En este libro he encontrado
aquel papel que creian
perdido. (Enseñándoselo.)
BERN. Es posible? El mismo!
ALB. Debo salir en seguida
para meditar mi plan.
BERN. Me enternece la alegría!
Pero óigame usté un instante,
que tambien yo tengo prisa.
Doña Mariana me ha dado
unas cartas muy chiquitas
para el correo interior.
ALB. Tarjetas.
BERN. Eso serian;
pero al bajar la escalera,
he notado que una habia
más grande que las demas,
y que á usted va dirigida.
ALB. Á mí?
BERN. Sin duda ninguna!
De fijo alguna pamplina
de esa vieja.
ALB. Es bien extraño!
Y qué?
BERN. Como yo sabia
que estaba usté en esta casa,
me quedé con la misiva
y la entrego en propia mano. (Dándosela.
ALB. Qué será?

BERN. Cuando se estima
á la gente, no se dejan
las cosas para otro dia!
Voy á contar al instante...
ALB. No, que deshacer podrian
mi plan. Hay que ser prudentes!
BERN. Tan sólo á mi señorita.
ALB. Bien; mas que guarde el secreto.
BERN. No dirá esta boca es mia.
(Que niegue ese avaro ahora!...
Ya se lo dirán de misas!)

ESCENA XIX.

ALBERTO.

Yo no sé por qué me afana
la carta de esta mujer!
Qué diablo! Vamos á ver
qué se le ocurre á Mariana.
Con vacilaciones hartas
lucho yo todos los dias,
sin que me arredren manías...
(Rompe el sobre.)
Hola! Aquí vienen dos cartas!
De misterio tan profundo
quién el objeto penetra?
Leamos... Qué veo? Esta letra...
No hay duda, es la de Raimundo!
Vendrá á turbar mi reposo?
Qué es lo que mi pecho teme?
«Mi siempre adorada M. (Leyendo.)
»Perdona si estoy celoso.
»Veo que A cada dia
»más tierno contigo está!»
Calle! Esta M! Esta A!
Seré yo? Será María?
Veamos la otra carta... Dios!
Tal desencanto me mata!
Es la letra de la ingrata!
Bien sospeché de los dos!
Realidad ó sueño es?

«Mi querido R.» Ay de mí!
«Tu ingrata carta leí
»y á llorar me echó despues.»
Lloró! «Tú que tanto vales
»te celas de A?»—Desgraciada!
Su traicion creyó salvada
poniendo solo iniciales!
Mariana habrá sorprendido
este secreto de amor,
y por hacerme un favor
el corazon me ha partido!
¿Pero es posible, Dios santo,
que me engañase María
cuando há un momento fingia
tanto amor y anhelo tanto?

ESCENA XVV.

ALBERTO, MARÍA.

MARIA. Alberto mio! (Muy contenta.)
ALB. (María!)
MARIA. Ya sé lo que ocurre!
ALB. Cruel!
MARIA. No te comprendo!
ALB. La infiel
viene á hablarme todavía!
MARIA. Qué dices? Yo me confundo!
ALB. De Mariana he recibido
la carta que has dirigido...
MARIA. ¿Á quién, Alberto?
ALB. Á Raimundo
Mírala y niega!
MARIA. Traidora!
ALB. Traidora tú!
MARIA. Oye, Alberto!
ALB. No es esa tu letra?
MARIA. Cierto!
pero...
ALB. No quieras ahora,
despues de burlar mi fe,
exponerme á nuevos males!

Descifra esas iniciales.

MARIA. Jesús! Yo te explicaré...

ALB. Calla, María! que es tanta
la amargura con que lucho,
que pienso que si te escucho
mi paciencia se quebranta!
(María quiere hablar.)
Calla! que en estos anhelos
no respeta mi amor nada!
Tengo en el alma enroscada
la serpiente de los celos!

MARIA. Pero Alberto, vuelve en tí!
La dicha voy á deberte,
y piensas que de esta suerte
tu pasion olvide?

ALB. Sí!

MARIA. Yo te amo!

ALB. Raro favor!
No puede darme quietud
deber á tu gratitud
lo que no alcanzó mi amor!

MARIA. Oh!... Tu ofensa es indiscreta!

ALB. Perdona! Bien te decia
que en estas luchas, María,
nada la pasion respeta!
Adios! Llevo en mi poder
tu fortua.

MARIA. No la quiero!

ALB. Que nunca dudes espero
de mi digno proceder.
Mi ayuda será leal!
Quiero, pese á tu desden,
pagarte el mal con el bien,
y me has hecho mucho mal!

MARIA. Óyeme!

ALB. ¡Si al defenderte
no puedes cerrar mi herida!
Tú hallarás grata la vida!
Yo hallaré grata la muerte!
Y así podremos los dos
hallar consuelo profundo,
Tú... en los brazos de Raimundo!

yo en los de mi madre! Adios

ESCENA ÚLTIMA.

MARIA, luego DOÑA MARIANA, despues RAIMUNDO por el fondo.

MARIA. Se va!..: sin su amor me hallo!
MAR. (Aquí está!)
MARIA. (De mí se aparta!)
MAR. Cartitas?
(Cogiéndole por sorpresa la que le dió Alberto.)
MARIA. Lea usted! (Con indignacion.)
MAR. (Despues de verla.) (Su carta!)
RAIM. Horror! No acerté un caballo!
(Tira el sombrero y se deja caer en una butaca. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion que los anteriores.—Es de noche.—Tres luces en un candelabro.

ESCENA PRIMERA.

RAIMUNDO, que aparece como reflexionando.

Con escolta de acreedores
y el bolsillo sin dinero ..
¿no es una verdad, señores,
que estoy hecho un caballero?
El juego me descalabra,
y hoy se anubla mi horizonte!
¿Por qué yo, que no soy cabra,
siempre he de tirar al *monte?*
Nunca jugando me hallé
tan torpe cual hoy me ví!
Seis caballos apunté
y seis caballos perdí;
pero juro por mi nombre
no arriesgarme á nuevos fallos,
porque esto es poner á un hombre
á los piés de los *caballos*!
El juego mi amor inmola!
Hoy sin turno Inés se queda,
y no hay manton para Lola

ni para Juana hay moneda!
¿Qué va á decir la modista
que un prendido me pidió?
¿Cómo aplaco á la modista
que está esperando un reló?
Y, en fin, ¿quién la lengua ataja
de ese maldito usurero
que vive en la Cava Baja,
número ochenta, tercero?
Estoy metido en un brete!
Otros, en tal ansiedad,
desde el *Monte* del tapete
van al *Monte* de piedad!
Yo no tengo pedrería,
y así la suerte me estrecha!
De buen grado empeñaria...
hasta la mano derecha!
Pero cá! La mejor mano
no vale un maravedí;
y en bien del género humano
más vale que sea así;
porque si el Monte admitiera
nuestras manos, seamos francos,
pronto Madrid se volviera
una poblacion de mancos!

ESCENA II.

DICHO y BERNARDO, que viene por el fondo muy agitado.

BERN. (Ya volvió esta mala pécora!
No le espera floja plática!)
RAIM. Hola, Bernardo! Estás trémulo!
BERN. No estoy para mucha cháchara!
RAIM. Pasa algo gordo?
BERN. Mayúsculo!
RAIM. Cuenta, cuenta! No seas sátrapa!
BERN. Hoy usted ha sido un pérfido
con don Alberto!
RAIM. Yo? (Cáscaras!)
BERN. Usted escribió una epístola
á mi señorita cándida

sabiendo que era su ídolo!

RAIM. Fué sólo una broma.

BERN. Cáspita!
Para usted ya todo es lícito!

RAIM. No tolero frases cáusticas!

BERN. Don Alberto está colérico.

RAIM. Que tome tila ó pulsátila!

BERN. Es que me ha dicho con énfasis...

RAIM. No quiero saber sus cábalas.

BERN. Me ha dicho...

RAIM. No seas cócora!

BERN. Me ha dicho...

RAIM. Basta de plática!
(Separándose de Bernardo. Éste le sigue de un lado á otro.)

BERN. (Si le he de encajar la píldora
por fuerza!)

RAIM. (La cosa es trágica!)

BERN. Pues me ha dicho...

RAIM. Habrá bucéfalo!

BERN. Que le hizo usted verter lágrimas!

RAIM. Bueno! bueno!

BERN. Que los vínculos
rompió de amistad simpática.

RAIM. No quiero oir mas! (Se tapa los oidos.)

BERN. Que la cólera
turbó su existencia plácida.

RAIM. Calla!

BERN. Y que así que el intríngulis
aclare...

RAIM. Hay lengua mas gárrula?

BERN. Le atraviesa á usted los hígados!

RAIM. Los hígados?

BERN. Es su táctica!

RAIM. Déjame! Déjame! Déjame!
(Váse por la izquierda huyendo de Bernardo.

BERN. Trágala! Trágala! Trágala!

ESCENA III.

BERNARDO.

Al fin le encajé la píldora!
Temblando de miedo va,
y el lance no es para ménos
en honor de la verdad.
Don Alberto, que es un ángel
por la buena, es muy capaz
de batirse por la mala
con toda la humanidad.

ESCENA IV.

BERNARDO, D. LUCIANO, por el fondo. Viene fumando.

LUC. Hola!
BERN. Quién es? (Don Luciano!)
LUC. Está en casa don Fabian?
BERN. Sí señor.
LUC. Dígale usted
que tengo con él que hablar.
BERN. Acaso aún duerma la siesta.
LUC. No importa. Es muy esencial
que le hable en este momento,
pues mucho en ello le va.
Despiértele usté al instante.
BERN. El sueño de don Fabian
es tan pesado, que siempre
una hora me ha de costar
despertarle; y como tiene
un genio tan infernal,
si le despierto temprano...
LUC. Yo le diré la verdad.
Conque, á despertarle pronto.
BERN. Voy, (aunque no sea mas
que por darle este mal rato,
ya que tantos él me da!)
(Va hácia la segunda puerta izquierda.)
LUC. (Aquí hay un error por fuerza!

Don Fabian es incapaz
de portarse de ese modo.)

BERN. Eh? Se ha despertado ya
y viene hácia aquí!

LUC. Magnífico!
De un asunto capital
vamos á hablar, y...

BERN. Comprendo!
El séptimo no estorbar!
(Cuando duerme poca siesta
algo trama don Fabian!) (Váse fondo.)

ESCENA V.

D. LUCIANO, D. FABIAN.

LUC. (Buen sonrojo va á costarle,
mas yo prevenirle quiero.)

FAB. Calle! El señor don Luciano!
Y acaso habrá mucho tiempo
que me espera usted.

LUC. (Se sientan.) No tal!
Apenas hace un momento
que he llegado.
(D. Luciano tira el cigarro sobre la alfombra: D. Fabian lo recoge y lo arroja á la chimenea.)

FAB. De seguro
supuso usted por lo ménos
hallar enferma á mi hermana
con un ataque al cerebro!

LUC. Á la verdad que el recado
que interrumpió nuestro almuerzo
fué alarmante.

FAB. É inoportuno!
(D. Luciano apoya la cabeza sobre el sofá, y Don Fabian coloca su pañuelo en el respaldo para que no lo manche.)

LUC. Tuve un pesar verdadero
en que ustedes nos dejasen
ántes de los postres.

FAB. Veo
que es usted un buen amigo!

¡Habrán sido suculentos!

LUC. Hubo algunos dulces.

FAB. (Relamiéndose.) (¡Dulces!)

LUC. Variedad de quesos.

FAB. (¡Quesos!)

LUC. Y unas frutas escogidas
que de Aragon me trajeron;
sobre todo unas manzanas!...

FAB. Por las manzanas no tengo
gran capricho.

LUC. Por ningunas?

FAB. Hombre sí! Tener deseo
una manzana... de casas!

LUC. Ambicioso!

FAB. Buen almuerzo!
Y decir que por mi hermana!...

LUC. Pero en fin, qué ha sido ello?

FAB. Nada! Figúrese usted
que en cuanto siente un mareo,
pensando que va á morirse
se consulta con mi médico,
y hoy ni ha querido sacarle
del cajon en que le tengo!

LUC. Qué! Tiene usté encajonado
al doctor?

FAB. Un libro viejo
de Monsieur Raspail, que todo
lo cura.

LUC. Ya! Ya comprendo!
pero eso no basta para
dar la salud á un enfermo.

FAB. Tampoco cobra visitas;
y al cabo, morir habemus!

LUC. En resúmen, que Mariana
no tiene nada; me alegro!

FAB. Y usted vino á molestarse...

LUC. Tambien me trae otro objeto
de la mayor importancia,
y en esta ocasion le ruego
que me hable como á un hermano.

FAB. (¿Vendrá á pedirme dinero?)
Qué es?

LUC. Le doy en garantía
mi palabra...
FAB. (Se lo niego!)
LUC. De que hablo á usté de este asunto
por la amistad que le tengo.
FAB. Gracias! (Siempre los amigos
han de roer estos huesos!)
LUC. Hace apenas una hora
que á casa fué á verme Alberto.
FAB. Alberto?
LUC. Alberto! Aquel jóven
de Raimundo compañero;
el director del periódico
que yo de papel proveo.
FAB. Sí!
LUC. Fué á darme explicaciones,
que le agradecí en extremo,
de la especie de desaire
que aquí mismo me habia hecho
al rehusar mi invitacion
aceptada ya.
FAB. Recuerdo.
LUC. Pues bien: hablando de ustedes
me confesó sin rodeos
que piensa á usté demandarle
mañana mismo de... temo
que al repetir la palabra
se enoje usté... y la reservo.
Ademas, ya está usté en autos
y supondrá...
FAB. No por cierto!
LUC. Se trata de averiguar...
si retiene usté...
FAB. No entiendo!
LUC. El capital de su hermano
don Antonio.
FAB. Lo he devuelto!
¿Y quién le manda á ese quidan?...
LUC. No lo sé; ni el fundamento
en que se apoya al decir
que piensa ganar el pleito.
Mas como en primera instancia

fallar el negocio debo,
en bien de nuestra amistad
á prevenir á usted vengo
por si pudiera ser fácil
entre ustedes un arreglo.

FAB. Arreglo? Prueba segura
en mis legajos conservo
de que devolví el depósito
á los tres años.

LUC. Confieso
que si tiene usté un resguardo...

FAB. No que no! Quiere usté verlo?

LUC. Bien!

FAB. Vamos á mi escritorio.
Verá usted el documento
con la firma de mi hermano.
(Vánse hácia la segunda puerta izquierda.)
Pase usted.
(Entran en la habitacion de D. Fabian: primero Don Luciano.)

BERN. (Asomando.) Se van! Me alegro!

FAB. Tres luces! Este Bernardo
va á dejarme sin un céntimo!
(Apaga dos luces de las tres que habrá en un candelabro, y váse.)

ESCENA VI.

BERNARDO y ALBERTO.

BERN. Entre usté aquí sin temor.
Qué diablos! No esté usté triste.

ALB. Bernardo! Ya no resiste
mi pecho tanto dolor!
Mis goces fueron quimeras;
y un amante desengaño
hace al alma tanto daño
cuando el alma ama de veras!

BERN. Espere usted todavía!
Aquí hay misterio profundo!

ALB. Ví la carta de Raimundo!
La respuesta de María!

BERN. No importa! Sea usted formal!

ALB. No entiendo!
BERN. Usted necesita
oir á mi señorita
ántes de juzgarla mal!
ALB. Ese es un vano capricho!
BERN. Esto es estar en lo firme!
ALB. ¿Y qué puede ella decirme
que ántes yo no me haya dicho?
¿Qué disculpa ni razon
podrá dar de lo pasado,
que yo ya no me haya dado
en lucha con mi pasion?
Cuando un recelo nos mata
y nuestro amor es vehemente,
bien puede tranquilamente
no disculparse la ingrata;
que en amor, hay egoismo;
y es la duda tan amarga,
que el que ama mucho se encarga
de convencerse á sí mismo!
BERN. (¡Nació con bien mala estrella!)
ALB. Yo, que olvidarla no sé,
más descargos inventé
que imaginar podrá ella!
Figúrese usted, Bernardo,
si veré mi encanto muerto,
que á disculparla no acierto
de su proceder bastardo.
Y tanto adoro á María,
que aún pregunto á mi dolor
por qué no encuentra mi amor
descargos de su falsía!
BERN. Yo espero en la Providencia
y nunca en vano esperé!
Á pesar de todo, usté
no olvide lo de la herencia.
ALB. Esa razon me ha obligado
á venir hoy.
BERN. Adelante!
ALB. Porque no sea su amante,
¿no he de ser un hombre honrado?
Por verla un dia sin penas

á pesar de mis enojos
diera la luz de mis ojos
y la sangre de mis venas.
Será que he perdido el juicio;
pero el hombre enamorado
cuando ama porque es amado
no hace ningun sacrificio.
Más grandeza encuentro yo
en no rendirse al olvido!
En amar al ser querido
que de amarnos se cansó!

BERN. ¿Y usted cree que don Raimundo
puede competir?...

ALB. Sí tal!
Hoy Raimundo es mi rival
y en pruebas claras me fundo!

BERN. Ya la noticia le dí
del desafío y está
lleno de miedo!

ALB. ¡Ojalá
que halle yo la muerte así!

BERN. Eso fuera lo peor!

ALB. Cuando se siente este anhelo
más vale morir en duelo
que al cabo morir de amor!

BERN. No hay nada que me convenza!
Morir de amor? Tontería!
Pues si apenas hay hoy dia
quien se muera de vergüenza!

ALB. No, Bernardo! En nuestros dias
la muerte de amor existe,
y es la más lenta y más triste
de todas las agonías!
Ningun suplicio más fiero,
ningun dolor más tirante,
que exhalar un ay! amante
en el suspiro postrero!
Así amando al pecador
murió Dios, porque sabia
que la más fiera agonía
era la muerte de amor.
Y yo, que tanto la amaba,

la miraré enternecido
desde la cruz del olvido
en que la ingrata me clava!

BERN. (Tiene por alma una joya!)

MARIA. (Dentro.) Quiero hablarle! Alberto! Alberto!

RAIM. (Dentro.) Corres á un desaire cierto!

ESCENA VII.

DICHOS, MARÍA, RAIMUNDO, por la izquierda.

ALB. (Ah! María!)

BERN. (Aquí fué Troya!)

MARIA. Calma, Alberto, tus enojos!
¿Por qué la mirada impía
apartas de tu María
y al suelo bajas los ojos?

ALB. Tienes razon! ¿Por qué yo
no he de mirar sin recelo,
y no ha de mirar al suelo
la falsa que me engañó?

BERN. Vamos, don Alberto, calma!

RAIM. (Esto toma mal cariz!)

MARIA. Óyeme!

ALB. Nunca!

BERN. (Infeliz!)

RAIM. (Á que me rompe ahora el alma!)

ALB. Y eras tú el amigo mio,
y así te portas, ingrato!
(Va hácia Raimundo; éste se aparta.)

RAIM. Si lo echas todo á barato!
nos vamos á hacer un lio!

ALB. Ví tu carta y la respuesta
de María.

MARIA. Alberto... Calla!
Mi honra, que sufre, se halla
á contar todo dispuesta.
Víctima soy inocente
de una intriga infame, horrible.
Y tú has creido posible
que fuera yo delincuente!

BERN. Lo ve usted?

MARIA. (Á Raimundo.) ¿Hice algo yo

que ni pretexto se llame,
para escribirme la infame
carta que escribiste?

RAIM. No!

(Dando un salto hácia atrás para separarse de Alberto, que se le acerca.)

BERN. Lo ve usted?

MARIA. (Á Raimundo.) ¿No estás oyendo
contínuamente de mí
cuánto quiero á Alberto?

RAIM. (El mismo juego.) Sí!

BERN. Pero hombre, lo está usted viendo?

ALB. (Á Raimundo.)
Cuenta despues me darás
de esa carta. (Á María.) Sin embargo,
¿qué me dirás en descargo
de la tuya?

MARIA. Á oirlo vas!
Presa en las redes me ví
de una enemiga inhumana!
Me la dictó...

ALB. Quién?

MARIA. Mariana!

ESCENA VIII.

DICHOS y MARIANA.

MAR. Señores! qué pasa aquí?
(Ayúdame, ingenio!)

ALB. Pasa
que á María creí traidora
y usted ha sido...

MAR. (Sonriéndose.) Habladora!

BERN. (Qué serenidad!)

MARIA. (Me abrasa
la cólera!)

MAR. (Á Alberto.) Está usté inquieto
y hablar será necesario.
(Á María.) ¡Pero vaya un secretario
para guardar un secreto!
Te juro, y harto le siento,

desconfiar desde ahora
de tu silencio.

ALB. Señora!...

MAR. Calle usted y óigame atento.
Como me doy mala traza
para escribir, rogué á esta
que escribiese mi respuesta
á un subteniente de Baza.
Al mismo tiempo tenia
que dar á usted un aviso,
porque Fabian de improviso
salir de Madrid queria!
La intencion bien se penetra!
Nuestra intimidad es harta,
y escribí á usted una carta
de mi propio puño y letra.
Mas luégo, bien sabe Dios
que aún el lance me da risa!
las cerré con tanta prisa
que el sobre cambié á las dos;
es decir que, por azar,
mandé equivocadamente
la de usted al subteniente
y á usted la del militar!
En una y otra van puestos
los nombres con iniciales;
y por ser todas iguales,
inventa usted mil supuestos,
y falsa me cree María,
y usted la llama perjura,
y si yo no llego dura
más tiempo la algarabía!
Ya la cosa está explicada
y digna soy de mercedes.
Los celosos como ustedes
arman un lio por nada;
pero aclarada la idea
todo enojo ha concluido!
(Si esto no está bien zurcido
que venga Dios y lo vea!)

MARIA. (Será posible? (Ap. á Alberto.)

ALB. (Inventó

cualquier disculpa tu tia.
Perdónala tú, María,
como la perdono yo.)

BERN. (Si sabe más que Brijan!)

(Váse Bernardo por el fondo. Raimundo y Alberto forman un grupo aparte.)

RAIM. ¿Hay aún algo que te asombre?

ALB. Sí tal. La carta del hombre
tiene tu letra.

RAIM. Qué afan!

ALB. Y esto descubre la hilaza.
¿Ó le sirves de escribiente
tú tambien al subteniente
de cazadores de Baza?

RAIM. Hombre, con franqueza te hablo.
Me hallaba en grandes apuros,
y por veinticinco duros
le escribo una carta al diablo!

MAR. Ven, niña, á probarte un traje.
Conque... adios!

ALB. Adios, Mariana!

MAR. (Bien me vengaré mañana
al emprender el viaje!)

(Vánse Doña Mariana y María por la primera puerta izquierda.)

ESCENA IX.

ALBERTO, RAIMUNDO.

RAIM. Ya se acabó el embolismo!

ALB. Y feliz por cierto soy!

RAIM. Ya harás mi discurso!

ALB. Voy
á escribirlo aquí ahora mismo.

RAIM. De veras?

ALB. Lleno de afan!

RAIM. Vuelvo en seguida y te ayudo.

(Váse á su cuarto.)

ESCENA X.

ALBERTO, luégo D. FABIAN.

ALB. (Se sienta y coge el libro en pergamino.)
Aquí está el testigo mudo
que denunció á don Fabian.
FAB. (El buen don Luciano queda
leyendo mi documento,
y ahora sabré el fundamento
que tener Alberto pueda
para...) Usted siempre ocupado
en leer libros.
ALB. Es mi oficio!
FAB. Nunca tuve yo ese vicio.
ALB. Lo supongo.
FAB. Y bien pensado
no hace falta tal desvelo
para obtener posicion;
usted con esa aficion
no ha logrado echar buen pelo.
Yo en cambio llegué á reunir
un capital muy decente,
como dicen vulgarmente,
sin saber leer ni escribir.
ALB. Lo creo.
FAB. En un descosido
librote ¿quién busca el oro?
ALB. Á veces se halla un tesoro
en sus hojas escondido!
FAB. Una idea? Al fin poeta!
ALB. (Qué ageno está de su mal!)
FAB. Por la más original
no doy yo media peseta.
ALB. Está bien! Pero ¿quién sabe
si habré encontrado aquí alguna
que cueste á usted su fortuna?
FAB. Á ver, á ver! (Esto es grave!)
ALB. Su sobrina vive hoy dia
al amparo de este techo.
FAB. Alto ahí! Con qué derecho

va usté á hablarme de María?

ALB. Porque la amo! Es mi tesoro!

FAB. Qué extravagancias se ven!

ALB. Va usté á preguntar tambien
con qué derecho la adoro?
Un dulce sueño es por cierto
que mi esperanza mantiene!

FAB. Pero, hombre, si usted no *tiene*
sobre qué caerse muerto.

ALB. Si lucho con la inquietud
de quien su carrera empieza,
tengo en cambio la riqueza
de mi altiva juventud!
Si las dulces bienandanzas
que da la fortuna ignoro,
tengo en mi alma un tesoro
de creencias y esperanzas!
Tengo madre á quien valer;
y aunque mal á usted le cuadre,
el hijo que honra á su madre
nunca pobre puede ser!
Tengo en María el anhelo
más dichoso y más profundo:
el amor! que es en el mundo
la única imágen del cielo!
Tengo un corazon honrado,
sin un sentimiento ruin
que lo manche, y tengo, en fin,
lo que en este libro he hallado!
Y ahora que á mi honor conviene,
pues cuanto tengo le explico,
dígame usted si no es rico
un hombre que tanto tiene!

FAB. ¿Sabe usted lo que revela
todo ese discurso?

ALB. Qué?

FAB. Pues me da á entender que á usté
ya se le murió su abuela!
Nunca la riqueza fundo
en sus ilusiones bellas!

ALB. Ilusiones! Y sin ellas,
¿qué tiene usté en este mundo?

Matando van á la vez
por providencial justicia,
su espíritu la avaricia
y su cuerpo la vejez!

FAB. Se atreve usté en mi presencia?

ALB. Nada mi valor quebranta!
Yo sé bien que usted se espanta
á la voz de su conciencia!
Que esclavo de su ambicion,
sin pensar nunca en el cielo,
ni en su pecho hay un consuelo
ni en su labio una oracion!
(D. Fabian le oye aterrado.)
Y si con tanto egoismo
ni en su hogar se halla dichoso;
si no tiene usted reposo
y lucha consigo mismo;
si una religion querida
á consolarle no viene,
¿qué tiene usted, si ni áun tiene
la esperanza de otra vida!
Y pues hoy consiente Dios
que al explicarme yo así
tiemble usted... ¿Quién es aquí
el más pobre de los dos?

FAB. (Qué intentará su osadía?)
Usted en esta ocasion... (Con dulzura.)
se ha exaltado... sin razon!
Cada cual con su manía!
Usted será muy honrado,
sí señor, muy virtuoso!
Pero si un dia azaroso
se encuentra desamparado,
nadie le hará á usted, pardiez,
al verle roto y hambriento,
ni un asado de talento,
ni un pantalon de honradez!

ALB. Ya sé que hácia la opulencia
no se va con calma y tino;
que es muy largo ese camino
y muy corta la existencia!
¿No es cierto, y hablemos bajo,

que sale mejor la cuenta
en solo un dia de afrenta
que en cien años de trabajo?
No es verdad que de repente
puede hacerse un capital,
apropiándose el caudal
de una huérfana inocente?

FAB. Eh?

ALB. No es verdad que temblando
con mis palabras le dejo,
porque ellas son el espejo
donde usted se está mirando?

FAB. (Le está inspirando el demonio!)
Yo no sé con qué motivo...

ALB. Tengo en mi mano el recibo
que usted firmó á don Antonio!
(Enseñándolo.)

FAB. (Ah!)

ALB. Su dinero guardado
conserva usted!

FAB. (Riéndose.) Buena es esa!

ALB. Este papel lo confiesa!

FAB. Ese es un papel mojado!
Pruebas tengo en contra de él!

ALB. Usted tiembla! Usted no es franco!
Su rostro de usté está blanco!...
Más blanco que este papel!

FAB. ¿Á qué son tales extremos?
Esto ya de raya pasa!
Váyase usted de mi casa!

ALB. Nos veremos!

FAB. Nos veremos
ante un juez!

ALB. Á él me remito.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, D. LUCIANO, luégo DOÑA MARIANA, MARÍA, RAIMUNDO y BERNARDO. D. Luciano trae un papel desdoblado.

LUC. Pues ya el juez está presente.

RAIM. Qué ocurre?

FAB. (Á D. Luciano.) Oportunamente
llega usted.
MAR. Quién alza el grito?
FAB. El señor con genio altivo
me provoca.
LUC. Ya barrunto...
ALB. Á usted hablé de este asunto.
Mi prueba es este recibo.
(D. Luciano lo lee rápidamente.)
FAB. (Á Doña Mariana.)
Ahora sabrás la asechanza...
LUC. (Á Alberto.)
Mucho decir á usted siento,
que con ese documento
en que cifra su esperanza
de recoger el caudal
que debió heredar María,
nada se conseguiria
delante de un tribunal!
FAB. (Chúpate esa!)
ALB. Por qué no?
LUC. Voy á explicar el motivo.
Existe un contra-recibo
que anula el que usted halló.
MARIA. Eso es imposible!
BERN. (Ah, perro!)
Eso digo yo tambien!
FAB. Calle el insolente! ¿Quién
le da vela en este entierro?
BERN. Mi señorita es la dueña
de todo!
FAB. Rara manía!
RAIM. Buena intencion nos tenia
esta gente lugareña!
LUC. Ahí tiene usté el documento.
(Da el contra-recibo á Alberto.)
FAB. ¿Lo romperá?
LUC. Qué locura!
Espero que su lectura
le convencerá al momento
de que no son necesarias
más pruebas!

FAB. Ahora le abato!
MAR. Nunca me ha gustado el trato
con personas ordinarias!
BERN. (Algun falso testimonio
habrán estampado en él!)
ALB. Bernardo! En este papel,
firmado por don Antonio,
está anulado el perdido
recibo que hoy se ha encontrado,
pues confiesa haber cobrado
el capital consabido!
BERN. Ese documento... juro
que es falso!
FAB. Qué insensatez!
LUC. Está usté hablando ante un juez,
y ese lenguaje es muy duro!
BERN. Es muy duro, sí señor!
Pero es tambien necesario!
Don Fabian es un falsario!
FAB. Y usted un calumniador!
LUC. Calma! Calma!
BERN. No me rindo!
Á ver la firma! (Coge el papel.)
MAR. (Ap. á su hermano.) (Ay Fabian!
FAB. No temas! Aquel truhan
trabajaba de lo lindo!)
BERN. No está mal!
RAIM. (Yo aquí, pasivo!)
BERN. Pero sea lo que sea,
siempre insistiré en la idea
de que es falso este recibo!
FAB. Le oye usted? (Á D. Luciano.)
MARIA. Yo, por los dos
voy á hablar á usted sincera,
lo mismo que si estuviera
en la presencia de Dios!
Sin pruebas en mi favor
tranquila su fallo aguardo.
Yo juro á usted que Bernardo
dice la verdad, señor!
ALB. No cabe en ella doblez!
RAIM. (Hay situaciones... confusas!)

FAB. Conque tú tambien me acusas
de falsario? Señor juez!
De calumnia desde ahora
los demando sin piedad!
ALB. Oh! qué has dicho!
MARIA. La verdad!
ALB. Cómo probarla?...
(Va á examinar á la luz el contra-recibo.)
LUC. Ya es hora,
pues no consigo mi intento
de que ceje en mi interés.
Usted insiste en que es
auténtico el documento?
FAB. Yo, sí señor.
BERN. Qué conciencia!
Y yo en que es falso!
MAR. Atrevido!
BERN. Sí señor!
MAR. Si se ha extendido
y firmado en mi presencia!
LUC. Ya hemos hablado bastante!
La querella criminal
presente usté al tribunal!
Yo me retiro.
ALB. Un instante!
Dios descubrió la verdad!
(Atencion en todos.)
Este documento impío,
es falso!
MAR. Qué desvarío!
FAB. Pruebe usted su falsedad!
ALB. Me admira tanto cinismo!
LUC. Explíquese usted.
ALB. La prueba
de su falsedad, la lleva
este recibo en sí mismo!
No le acusábais en balde!
(Al Juez.) De su fábrica ha salido
este papel!
FAB. (Soy perdido!)
ALB. Lea usted: «Luciano Iturralde.»
Bien claro al trasluz se ve

el timbre en seco.

LUC. Es verdad!

FAB. (Maldita fatalidad!
En qué escollo tropecé!)

ALB. No cabe error en la cuenta,
ni en mi argumento hay engaño!
La fábrica se hizo el año
mil ochocientos *sesenta*:
la fecha que compromete
este documento vil,
es la del cuatro de abril
del año *cincuenta y siete*;
y falso por tanto es,
pues que aparece amañado
en un papel fabricado
mas de tres años despues!

LUC. Don Fabian!

ALB. Ay, mi María!

MARIA. La dicha te debo, Alberto.

LUC. La verdad ha descubierto (Á D. Fabian.)
la luz de aquella bujía!

FAB. (Maldita luz!)

LUC. Son seguras
estas pruebas.

FAB. (Qué revés!
Si llego á apagar las tres,
se queda ese mozo á oscuras!)
Si el papel no satisface,
yo disensiones no quiero,
y un mal arreglo prefiero
á un buen pleito! Qué se hace?

ALB. Decir debiera en conciencia
lo que usted dijo otra vez:
«Aquí tenemos un juez!
Pronuncie usted su sentencia!»

MARIA. No salga de estas paredes
nuestro disgusto!

BERN. (Á D. Fabian.) Judío!

MARIA. Yo en su nombre y en el mio
perdono á todos ustedes!

LUC. Yo respeto ese perdon;
pero la ley represento,

y tan indulgente siento
no ser en esta ocasion.
Formar causa necesito
si á mi cargo he de ser fiel.
De mi fábrica el papel
asoció usted á un delito.
No ha respetado mi nombre,
y hoy me obligan á la vez
la severidad del juez
y la dignidad del hombre!

MARIA. ¿Va usté á guardar más encono
que una huérfana ultrajada?
Yo, que he sido la agraviada,
ya ve usted que le perdono!
Perdónele usted conmigo
y olvide su mala accion;
que un generoso perdon
es el más noble castigo!

LUC. (Me vence su candidez!)
Bien, bien!... No soy inhumano!

BERN. (Lo siento! Este don Luciano
no me sirve para juez!)

MARIA. (Á D. Fabian.)
No haga usted violencia alguna
para pagarme, señor!
Yo no aspiro á más fortuna, (Á Alberto.)
que á ser dueña de tu amor
el dia que Dios nos una!
Y enlazadas nuestras manos,
si no podemos ufanos
brillar con fausto opulento,
como girasoles vanos
que al cabo derriba el viento,
viviremos sin congojas,
sin ambiciones inquietas
en el lugar que tú escojas,
como viven las violetas
á la sombra de sus hojas!

RAIM. (Seis caballos me han perdido!)

ALB. (Á D. Fabian.)
Dispuesto á ayudarle me hallo
y en tres cosas me ha ofendido.

En tres! (Alzando la voz.)

RAIM. En tres? Soy caballo!

(Sorpresa en todos.)

No, no! Estaba distraido.

MARIA. (Al público.)

Del jardin de los poetas
dramáticos españoles,
salen obras GIRASOLES
y tambien obras VIOLETAS!
Ésta, sin galas completas,
de hermosa flor no presume;
y aunque mi ruego os abrume.
yo, del arte jardinera,
vuestra gracia imploro entera
para su humilde perfume.

FIN.

ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

(*Adicion al mismo catálogo.*)

TÍTULOS.	Actos.	Prop. que corresponde
o se guisa un conejo....	1	Todo.
a canta.....	1	Id.
mochuelo á su olivo...	1	Id.
oche todos los gatos son rdos.....	1	Id.
e Pinto y Valdemoro...	1	Id.
n el siglo.....	1	Id.
nar!.....	1	Id.
anónimos.....	1	Id.
ruz de beneficencia.....	1	Id.
at Mater.....	1	Id.
orita, el general.....	1	Id.
ecreto entre mujeres....	1	Id.
nfo de la esperanza,....	2	Id.
onceller y el monarca...	3	Id.
Beltraneja.....	3	Mitad.
o el sordo.....	3	Todo.
acífico ó el Dómine irre-luto. (Zarzuela.).....	1	L. y M.
ire de una mujer.....	1	Id. Id.
ombre es débil.....	1	Id. Id.
de Aragon.....	1	L. y M
Correspondencia de Espa-a.....	1	Id. Id.
ar el violon.....	1	Música.
ensayo de Pepe Hillo....	1	Id.
Teatro en 1876!!.....	2	Id.
vesuras amorosas.....	2	L. y M.
a. (Zarzuela.).....	1	Música.
o llovido del cielo.....	3	L. y M.
erla. (Zarzuela.).....	3	Id. Id.
nternacional.....	1	Todo,
1-1872, revista.....	1	Id.
ota de espadas.....	3	L. y M.
Desde el tendido.....	1	Todo.
Necesito un hombre.....	1	Id.
Un yerno á pedir de boca...	1	Id.
Favor por favor.....	1	Id.
Un manojo de espárragos....	1	Id.
Nobleza obliga.....	3	Id.
El doctor virulento.....	1	Música
La pena de argolla.....	1	Todo.
Por buscar el remedio.....	1	Id.
El insurrecto cubano.....	3	Id.
La caridad en la guerra.....	1	Id.
Economías.....	1	Id.
La princesa de Trevisonda... Francia y España.....	1	L. y M.
Permítame V., señora.....	1	Todo.
La encubierta ó la gitana de Sevilla.....	1	Id. L. y M.
República femenina.....	1	Todo.
Casa vieja pronto arde.....	1	Id.
Los celos de un prestamista.	1	Id.
Ardides y calamares.....	1	Id.
Doña Maria Pacheco.....	1	Id.
La rosa de aldea.....	1	Id.
La costilla falsa.....	1	Id.
La vela de San Ramon.....	1	Id.
La fuerza de voluntad.....	1	Música
Norma y Polion.....	1	L. y M.
El castiello del fantasma...	2	Música
Beltran y la Pompadour....	3	L. y M.
Tirios y troyanos.....	1	Todo.

PUNTOS DE VENTA.

PROVINCIAS. En casa de los comisionados de los señores GULLON É ...GO, y en las principales librerías.

MADRID. En las librerías de la VIUDA É HIJOS DE CUESTA, y de MOYA ...ZA, calle de Carretas; de A. DURAN, Carrera de San Gerónimo, y de L. ..., calle del Cármen.